

SINESIO DARNELL ITURMENDI

DENTELLADAS



EDITORIAL LUX
BARCELONA

*A Don José Abajo Montesinos,
Teniente Coronel de Carabineros,
en prenda modestísima de respe=
toso cariño.*

COLECCIÓN DE NOVELAS Y CUENTOS
TOMO I

Sinesio Darnell Iturmendi

DENTELLADAS

(Mordacidades y otros excesos)

2.^a Edición
Corregida y aumentada



BARCELONA

ESTADO DE LOS DIOS

IMPRESOS COSTA : Conde del Asalto, 45 : Barcelona

**DOS PALABRAS
A MODO DE PREÁMBULO**

Sólo existe lo nimio.

En el infinito del tiempo, el siglo es el átomo.

La Tierra es un punto en el espacio. La ciencia una reunión de consecuencias nacidas de los postulados, los cuales, siendo indemostrables, pueden ser falsos. La vida es hermana del sueño, el sueño de la muerte, la muerte de la sombra, la sombra de la nada. Quizá ésto que aparece como eslabones de una cadena sea un bloque.

La materia prima es una, y, por lo tanto, intrínsecamente, el cieno y la materia orgánica son idénticos. La historia de un electrón a través del tiempo tendría curiosidades como ésta: *Pertenecí al excremento del Tarquino y después al cerebro de Newton.*

El espíritu es lo único que se emancipa del círculo de nimiedades en que navegamos, lo cual no es óbice para que muchos hombres tengan por alma un abrojo o un tizón.

Las matanzas de las guerras; el dolor de los míseros; el derrumbamiento de los ideales; la feroz lucha por la vida; la injusticia devorando a los justos; las leyes atropellando a la Ley; los crímenes de la usura, el juego, el lujo y el alcohol; los dramas de la prostitución clandestina; los venenos de la envidia, la maledicencia, el odio y la ambición royendo todos los corazones, también son nimiedades.

Empleando el escalpelo espiritual, entre lo nimio se descubre el oro. Es el eje universal de todo acto humano, de todo atropello, de toda anomalía, de toda iniquidad, de todo error embozado en la Verdad.

La Verdad es un mito o una quimera.

Buscar la Verdad sobre la Tierra es inquirir el paradero del humo de una hoguera ha tiempo apagada. No hablamos de la Religión. Esta pudiera ser el axioma. No el axioma resultante de la cábala humana, sino el divino. El axioma científico es posible que sea un error producto de los limitados sentidos corporales que el hombre tiene.

Colocados, pues, en el infranqueable círculo de lo nimio; temblorosos al dudar de todo; aciscados al pensar que puede ser fantasía lo real, bamboleante lo fijo, luminosa la obscuridad, el centro del círculo un punto situado en la circunferencia, y el sol un reflejo, tenemos la humorada de escribir estas páginas, haciendo uso de ese derecho, casi obligación, que parece tenemos los españoles de dejar a la posteridad la herencia de uno o varios libros, aun cuando como sucede a éste, sean un cúmulo de vaciedades.

Fatalmente no nos sentimos eróticos.

Y decimos fatalmente, porque la simple descripción de los espasmos de un sodomita,

o las perversiones de una histérica, pudiera proporcionarnos un éxito editorial.

¡No!... ¡Este libro no huele a carne!... Ni siquiera indica el color del vello que anida en el sobaco de las mujeres que por él desfilan; ni siquiera señala el desarrollo testicular de los hombres que aparecen en sus páginas. En este libro no se habla de los sonrosados dardos de la lengua, de las ánforas níveas y turgentes de los senos, de los húmedos nidos de amor escondidos entre hebras abundantes de rubia o negra seda.

Persiguiendo un fin puramente especulativo, y aprovechándome del gusto depravado de esta generación necia y encanallada, quizá algún día haga uso del derecho de verter una partícula de inmundicia en el pestilente montón de la literatura contemporánea, publicando una obra franca y cínicamente pornográfica, como esas muchas que con seis láminas en colores intercaladas en el texto pueden aspirar a codearse con *“La Generala”*, *“Los amores de un ministro”*, o *“Antonia la panadera”*.

Por hoy no nos sentimos lo suficiente envi-

lecidos para escribir tal obra. Sustentamos la necia tesis de creer, que aborrecer la ciénaga y mirar a las nubes es el camino de la verdadera felicidad. Bajo la carne vive el espíritu, y el día que a todos nos embelese más la sonrisa de un niño y la caricia de una sonata que las manipulaciones depravadas de una prostituta o la lectura de una obra babeante de lascivia, cuando todos sintamos hipear el corazón ante una madre que llora, una mujer que se envilece, o un hombre que sufre, podremos enorgullecernos de ser humanos, y de haber saltado del círculo de las nimiedades al de las grandezas.

PRIMERA PARTE

PRIMERA PARTE

El crimen de Gazuza

Gazuza, era un viejo titiritero.

Había nacido sólo Dios sabe dónde. En cualquier parte. Seguramente en un hospital, en un muladar, o bajo la arcada de un puente.

A la sazón, tenía ya tantos años, que sus contorsiones, saltos y piruetas—que, en realidad, jamás fueron notables—eran francamente estúpidos, de una sencillez amargamente ridícula.

El pobre hombre lo reconocía así, y experi-

mentaba deseos imperiosos de llorar, cuando, soportando las mordaces cuchufletas del público, realizaba aquella parodia de acrobatismo.

Reducíase su fortuna a una trompeta, dos mecheros de carburo, una silla plegable, una alfombra, y un traje de corte extrafalario e inverosímiles colorines.

Como uno de tantos entes a quienes las brutales ironías de la Fatalidad se complacen en conducir hasta el fondo del sombrío abismo en que se debaten los parias de la sociedad, había gustado el dolor de todas las miserias.

Sabía, por experiencia, que el hambre es una bestia que muerde ferozmente en las entrañas; el frío una angustia desgarradora; la carencia de hogar, perpetua congoja que atemoriza y encoge las almas mejor templadas.

Como consecuencia de todo ello tenía el espíritu atribulado y marchito, la carne escasa, la piel amarillenta, los labios blancuzcos, la nariz enrojecida, la mirada de ciervo herido, el corazón apilongado y el cerebro encallecido, quizá muerto, pues apenas le servía para recordarle que era un ser racional,

cuando sufría una humillación, dolor, o laceración de brutal intensidad.

Tal recuerdo, lejos de ser paliativo de sus desventuras, avivaba la infinita tristeza en que se consumía desde su infancia.

—¡Cierto!—decíase, cuando la inteligencia tenía la crueldad de salir momentáneamente de su caritativo letargo—¡Ya casi me había hecho la ilusión de que era una bestia!

Y acariciando a *Cómodo*, repetía por milésima vez:

—¡Cuán feliz era!... ¡Tú ignoras que eres un perro, y yo, en cambio, sé que soy un hombre!

Cómodo, el compañero de Gazuza, cual todos los perros, era inteligente, fiel, agradecido y humilde.

El titiritero no había conocido el amor. No tenía hijos, no tuvo jamás amante, ni amigos, ni recordaba haber tenido madre. Y como, indudablemente debía tener un alma, todas sus reservas amorosas se derramaron sobre el can.

No debe extrañar que el buen hombre prodigase a su perro los más dulces epítetos.

Cuando lo veía triste, procuraba animarlo.

—¡Alégrate, ingrato!—exclamaba—. Eres dueño del divino tesoro de no pensar... ¿Qué te falta, pues, para ser dichoso?... ¡Mereces, por ingrato, tener un alma!

Y al hablar así sonreía melancólicamente, con esa mueca de vergonzante alegría que es la sonrisa de los desdichados.

Hacia muchos años, no recordaba cuántos, porque apenas tenía concepto del tiempo, que recorría España en itinerario ilógico y desordenado, saltando de la luminosa Andalucía a la plácida Galicia, o de la silenciosa Castilla a la inquieta Cataluña, luciendo en villorrios y aldehuelas las chabacanas piruetas acrobáticas con que se ganaba el pan.

Apenas llegaba a cualquier lugarejo, pedía al alcalde autorización para trabajar. Después quitábase el haraposito de viaje, lo substituía por el de colorines, y tocaba la trompeta por las calles anunciando la hora y el sitio en que pensaba lucir sus habilidades.

Sabiendo que el corazón humano se conquista con la adulación, empezaba siempre su discurso en esta forma:

—¡Señoras y caballeros!... ¡Respetable público!... ¡Ilustres vecinos de esta ciudad!...

Sólo cuando el lugar era muy mísero substituía la palabra ciudad por la de villa.

—Hoy—continuaba—, a las siete de la tarde, tendré el honor de realizar en la hermosa plaza diversos ejercicios, esperando que me honraréis con vuestra asistencia... Yo, señores, soy artista acrobático. Me explicaré, por si alguien no me entiende. Así como el avaro es un aborto de la naturaleza y el separatista un vómito de la noche, yo soy un endjendro de la miseria. Al aplicarme el calificativo de artista no realizo una usurpación. Artista, público respetabilísimo, es un adjetivo que hoy se aplica indistintamente al escultor, al titiritero, o a la criada que en un tablador da cuatro berridos inarmónicos y hace dos zapatetas desacompasadas y estúpidas... Quiero hacer una aclaración. Existe una diferencia esencial entre aquella criada y yo. Ella se hace artista para no fregar platos, y yo para no morir de hambre, cosa que voy logrando milagrosamente.

II

Un día, ¡día aciago!, en Badalona, dióse cuenta Gazuza de que *Cómodo* había desaparecido.

Silbó.

Lo llamó repetidas veces.

Era el mes de Enero. Un atardecer tristón, saturado de melancolía, con nubes grises en el cielo, mucho fango en las calles, y frío en el ambiente.

—/*Cómodo!*—gritaba—¡Ven!... ¡Toma!... ¡Toma, querido!

Sus llamadas parecían lamentos.

Sonaban a hueco. A una rara mezcla de ira y de pavor.

En las profundidades de su pecho, el titiritero sentía una emoción desconocida, un

miedo inmenso de haber perdido al compañero de su peregrinación eterna, un anonadamiento abrumador al figurarse sólo para siempre estre los hombres.

De pronto, divisó a *Cómodo*.

Venía corriendo por el centro de la calle, seguido de cerca por varios mozalbetes.

El pobre can pasó por cerca de su dueño sin atender a las llamadas de éste. Iba enloquecido, con las orejas hacia atrás, los ojos saltones, el pelo herizado...

¡Llevaba una lata atada al rabo!

¡Espantoso suplicio!... ¡Diabólica invención!

Un perro que lleva una lata atada al rabo, representa el supremo espanto.

Imaginad un hombre en el desierto durante la hora del crepúsculo, y una sombra terrorífica que le agarra por la americana lanzando aullidos escalofriantes... Imaginad a ese hombre enloquecido por el terror, corriendo, revolcándose, gimiendo, y no logrando desprenderse del aullador fantasma.

El perro sometido al brutal suplicio siente un peso inusitado en su inquieto apéndice. Ca-

mina, y oye con sobresalto que le acompaña un ruido espantoso. ¡Corre!... ¡Y a medida que aumenta la velocidad de su carrera, aumenta el fragor de aquéllo que le persigue implacable!

El espanto le eriza el pelo...

Se le nubla la mirada...

Huyendo de sí mismo, tropieza, tiembla, gira, vacila, aulla...

A veces se detiene y mira a las personas con expresión de agonía y súplica. ¡Diríase que llora!...

Gazuza corría tras su compañero, llamándolo angustiada y tiernamente.

Mientras tanto, los mozalbetes autores de la graciosa hazaña reían.

Y reía el público.

Porque, en realidad, aquello era muy divertido.

Es necesario no ver el fondo de la cosas que nos complacen, cuando éstas son una crueldad. ¡Es necesario reír un poco de cuando en cuando!

Un perro que enloquece de terror con una lata atada al rabo, es enormemente cómico.

Los canes a quienes se hace víctimas de estas delicadas travesuras están deliciosamente ridículos. Es posible que Dios haya dado rabo a los perros con el exclusivo objeto de que los hombres se diviertan atándoles latas.

Cómodo, el buen *Cómodo*, inocente e inofensivo, presa del vértigo, perdido el instinto, como un terror hecho carne, se precipitó bajo las ruedas de un tranvía.

Sobre el rail quedaron unas piltrafas rojas, y una cabeza con los ojos preñados de inenarrable espanto.

El titiritero, cuando llegó ante los despojos de su amigo se sintió desfallecer.

El pobre viejo gimió.

Levantando el puño cerrado hacia los que contemplaban la escena, les apostrofó:

—¡Cobardes!... ¡Asesinos!... ¡Asesinos!

¡Y lloró!

Hipeaba inconsolable, balbuceando cien veces:

—¡Cobardes!... ¡Asesinos!

Con los ojos enrojecidos, los labios temblorosos y el corazón estrujado por el dolor, mi-

raba los sangrientos restos de su perro, de su único amigo, perdido para siempre.

Y se ponía tan feo mientras lloraba, que mucha gente no podía contener la risa.

Observándolo, murmuraba tenuemente:

—¡Muchos hombres, Dios mío, deben tener dientes en el corazón!

III

En cierta ocasión, cielo y hombres parecieron ponerse de acuerdo contra el desdichado Gazuza.

Desde hacía más de un mes, llovía casi sin interrupción, lo que representaba para el titiritero la más grande calamidad, y, por otra parte, en los pueblos donde lograba *representar*, aprovechando los descansos que de tarde en tarde se tomaban las nubes en su entretenimiento de escupir sobre la Tierra, apenas

lograba recolectar los céntimos indispensables para poder engañar al estómago.

Miraba continuamente al cielo gris y enfurruñado, preguntándole con tristeza por qué le tenía declarada tan implacable guerra.

—Los campos ya tienen agua en abundancia—decía a las nubes—. Más lluvia es innecesaria... Es un derroche necio... En cambio, puede que después se mueran de sed los campos.

Y con su exiguo equipaje sobre la espalda, calado, rotos los viejos zapatones, salpicado por el barro, friolento y encogido, iba por las carreteras arrastrando la melancolía de su existencia sin horizonte.

Una tarde, caminando hambriento y triste, llegó frente a cierta hermosa finca de recreo en el preciso momento en que un criado ponía ante un mastín una cazuela con abundante comida.

La puerta del jardín estaba abierta.

Al retirarse el criado, Gazuza avanzó hacia el perro—que estaba atado con una cadena a su garita— descubriéndose, y le dirigió la palabra.

—¡Chucho, amigo mío!... ¡Te suplico encarecidamente que no engullas tan deprisa!... ¡Permíteme participar de tu festín!... ¡No me tengas rencor porque soy un hombre, pues te juro que estoy arrepentido de serlo!

Aún cuando el titiritero había procurado hacer su voz meliflua y plañidera, el perro continuó devorando su pitanza, gruñendo sorpresivamente y por completo insensible a las súplicas.

Gazuza veía el contenido de la cazuela.

Eran patatas, piltrafas, y fideos deliciosamente coloreados por el azafrán.

¡Y hasta sus narices llegaba embriagador aroma de rancho!

En lo más hondo de sus entrañas sintió revolcarse con frenéticas sacudidas a la bestia que muerde y galopa en los estómagos vacíos.

Entró en el jardín.

El perro, retenido por la cadena, ladraba furiosamente, y se esforzaba en alcanzar al hombre en quien adivinaba un enemigo.

Y Gazuza, el siempre manso, el de encogido espíritu y apilongado corazón, sintióse re-

pentinamente sacudido por la ola de la heroicidad.

Dejando su bagaje cerca de la puerta, se dirigió con rara resolución hacia el perro.

Avanzaba paso a paso, erguido, amenazador, mirando con fijeza al can que, sugestionado, retrocedió levemente.

De pronto, Gazuza se precipitó hacia la cazuela, la agarró y pretendió retroceder.

Mas, pese a la rapidez de sus movimientos, el perro logró clavarle los dientes en una de las piernas.

Lucharon fieramente, revolcándose por el suelo.

IV

Con la cazuela bajo el brazo, conquistada a cambio de sangre que le manaba abundantemente de una oreja y de la pierna, salió el ti-

tiritero a la carretera y púsose a devorar con ansia y fruición inenarrables.

No masticaba. Seamos exactos: engullía.

Haciendo con la cabeza y el pescuezo el movimiento que hacen los pavos cuando tragan, sonreía con expresión de beatífica felicidad.

—¡Quizá sea una dicha el vivir!—pensaba.

Llevaba engullidas las dos terceras partes del contenido del cacharro, cuando vió salir de la finca a dos hombres.

Apretando la cazuela contra el pecho, trató de huir. Pero era tan viejo, que no había dado más que algunos pasos cuando se sintió detenido.

Brutalmente, le golpearon.

El pobre viejo protestó quejumbrosa y mansamente:

—¡No me maltraten más, señores!... ¡Y, sobre todo, déjenme terminar de comer!... ¡Le pedí por favor que me diese un poco y no quiso!... ¡Tuve el necio orgullo de creer preferible que comiese un hombre, que un animal! Porque yo, señores, soy un semejante vuestro... Aquí, dentro del pecho, creo que me pal-

pita un corazón humano. De esto no estoy seguro; pero sí de que tengo estómago... ¡Es una desgracia irreparable, de la que no soy culpable!... ¡Perdonadme!... ¡No fué mi intención matar a vuestro perro!

Sus protestas y sus súplicas fueron estériles.

A empellones lo condujeron a presencia del dueño de la casa.

—Señor Marqués—dijo uno de los criados— Este vagabundo ha matado a Sultán, e inmediatamente se puso a devorar con el mayor de los cinismos la comida que habíamos llevado al pobre perro.

—¡Es verdad! ¡Dolorosa verdad!—balbuceó Gazuza, tembloroso—. Lo único inexacto es que me pusiese a devorar con el mayor de los cinismos... Lo que hice fué devorar con la mayor de las hambres, lo cual no es lo mismo.

Al oír estas palabras, viva cólera se dibujó en el semblante del Marqués.

—¿Pero, Sultán está realmente muerto?—gritó.

Y sin esperar respuesta, dirigióse corrien-

do hacia la caseta de su perro, a cuya puerta estaba tendido sin vida el pobre animal.

Gazuza, que empujado por los criados había seguido al Marqués, al hallarse ante su víctima se apoyó en un árbol, sintiéndose desfallecer.

—¡Pobre perro!—gimió—. ¡Yo no quería matarlo! ¡Lo juro, señor! Es más: ¡yo no lo maté!... De los crímenes del rayo, tienen la culpa las nubes... El fusil y la bala son inocentes, y culpable la mano que los maneja... El mar, si no existiese el viento, sería inofensivo...

V

La justicia de los hombres es inexorable. Es la barrera que defiende de los ataques de los míseros a los que han sabido no serlo. De no existir la Ley, la canalla toda tendría

la villanía de creerse con derecho a comer todos los días, a dormir en cama, y ¡quién sabe si a no pasar frío!

Nada más hermoso que la Ley humana cuando dice:

“Tú eres inculto, huérfano, desvalido, enfermo, piojoso. Tú no sabes lo que es amor, familia, ni alegría. Tú pasas hambres, dolores y desprecios desde que naces, y, ¡canalla!: ¿te atreviste a robar pan?... ¡Pues sufre el peso de la Justicia!”

Así, el juez ante quien compareció Gazuza, indignado del crimen que éste había cometido, lo condenó a seis meses de cárcel.

El titiritero balbuceaba:

—¡No puede juzgar los actos de un miserable y de un paria, quien no es paria ni miserable!

Y cuando lo encerraron, pensó que un día, no muy lejano, el aire preñado de blasfemias, perjurios y ayes; los campos de batalla empapados de sangre; la luz y la sombra testigos de crímenes feroces e innumerables; las bestias inmoladas y torturadas; todo lo que existe, se levantará ante Dios y gritará: ¡yo

S I N E S I O D A R N E L L

acuso!, escupiendo sobre la humanidad muerta el veneno de sus pecados...

—¡Y los hombres —musitó—, ahondarán con las uñas su tumba, buscando un lugar a donde no llegue la venganza del cielo!

D E N T E L L A D A S

¡No matarás!

Terminado el santo sacrificio de la misa, dicho a la hora del alba, padre Ernesto, el buen cura de Carrizal, se dirigió a su casa.

Sentado a la mesa del comedor, un comedor en el que la luz entraba como una bendición del cielo, y leyendo las noticias nacionales del periódico, únicas que le interesaban, desayunóse con parsimonia.

Cuando hubo terminado lo que sólo era un frugal *tente-en-pie*, para poder llegar sin

desmayo a la hora de la comida, requirió la red y salió al campo.

Era la de aquel día una maravillosa mañana del mes de mayo, cuajada de aromas campestres, de claridad luminosa y de mil trinos.

No tenía el santo varón remordimiento alguno, ni preocupación grave, ni dolencia corporal; así es, que invadido de plácido optimismo, elevó los ojos al cielo y musitó la más ardiente de las bendiciones al divino Ser.

Respiró profundamente, saturando los pulmones del purísimo aire de la mañana y, caminando a buen paso, alejóse de la aldea.

Cuando llegó al llano, pues el pueblecito estaba enclavado en un montículo, se detuvo cerca de unos campos sembrados de trigo y de centeno y, sacando del bolsillo de la sotaña el silbato de codorniz, hizolo trinar con aquella maestría inimitable que todos los demás cazadores le envidiaban.

Escuchó atentamente, y viendo que no llegaba respuesta alguna a lo que era invitación de la hembra, repitió de nuevo la pérfida llamada.

Aquella vez respondióle de no muy lejos el canto del macho, un canto bravío, pujante y sonoro.

Sonriendo con visible satisfacción, sacó el Padre Ernesto la red que llevaba escondida y la extendió rápidamente sobre el trigo. Después se acurrucó y lanzó de nuevo la invitación tentadora.

—¡Aquí estoy!—trinaba el silbato, una y otra vez—. ¡¡Te espero!!

Y el pobre macho, cuya naturaleza ha hecho el cielo ardiente como la brasa, engañado por aquel canto delicioso que cree de su hembra, la arrulla con sus notas de cristal:

—¡Allá voy, amada mía!... ¡Te amo!... ¡Tu voz enciende en mi pecho ansias enloquecedoras!... ¡Espérame!

Y corriendo presuroso y emocionado por entre los verdes trigales, orientado por la femenil llamada, a la que responde sin descanso con su viril acento, va llegando a la proximidad de la malvada trampa.

¡Ignora, por su mal, que bajo el azul cielo existe el hombre!

Erguido sobre sus patitas, escucha... Des-

pués responde y corre presuroso, empujado por exuberancia de vida que le presta el sol ardiente y el amoroso instinto.

Cuando se halla bajo la red, muy cerca ya de lo que cree la ansiada hembra, maya enardecido y retador.

De pronto, un grito lo espanta.

Levanta el vuelo, tropieza con la red, se enreda en ella, y con terror sin medida, se siente aprisionado por un ser que juzga horrible e inmenso.

El Padre Ernesto desenredó a su presa, que se debatía enloquecida entre las traidoras mallas.

Después, sujetándola por bajo las alas entre el pulgar y el índice de su mano derecha, la extrujó con energía.

Nunca, al realizar la cruel operación de arrancar así la vida a las indefensas aves que con pérfido engaño cazaba, había experimentado emoción alguna.

Pero aquella mañana, aquella mañana quieta y luminosa como ninguna, al sentir entre sus dedos el agónico estremecimiento del pajarillo, al oír sus débiles gritos de dolor, al

contemplar sus ojitos, en los que leyó un terror inenarrable, sintióse invadido de una oleada de súbita compasión.

Pensó, de pronto: ¿Qué mal me hizo?

Hasta sus oídos, cual si descendiese del cielo llególe como un murmullo que le decía: *¡No matarás!*

Después, desde lo más hondo de la conciencia le gritó el alma: *¡El sacerdote no debe matar jamás!*

Y acongojado por el arrepentimiento y el dolor, sus labios balbucearon una plegaria, mientras acariciaba al pobre ser que tenía entre sus pecadoras manos.

Desgarradores de inocencias

I

Entre las numerosas especies de bestias humanas, la más repugnante que existe en los tiempos actuales es, sin disputa, la de los desgarradores de inocencias. Tales seres, hijos del esputo de lo abominable, son legión.

En la escala de los abortos de la noche, sólo son comparables a los separatistas.

Viven en las grandes ciudades.

Es su cubil la sala del cine.

Sus víctimas las niñas impúberes.

Su cómplice la obscuridad.

¡Temedles, si sois padres!

Si tenéis una hijita de diez a catorce años y, temerario, váis con ella al cine, no olvidaros ni un solo instante de que os amenaza la mayor de las desventuras con que la rabia del infierno puede herir vuestro corazón.

Pensad constantemente:

“Estoy expuesto a que mi hija sufra el ataque bestial del desgarrador de inocencias, ese demente más temible y malvado que todos los asesinos.”

Desconfiad de todos.

El anciano, el cuarentón, e incluso el jovenzuelo sentado en la butaca contigua a la de vuestra nena... ¡PUEDE SER EL!

¿Hay algún rasgo, alguna señal exterior, algún detalle que lo delate?—preguntaréis.

¡No!

Porque aunque es un canalla, tiene aspecto de caballero... Aunque es una hiena, parece un hombre...

S I N E S I O D A R N E L L

Califiquémosle de una vez con el epíteto que mejor le cuadra: ¡ES UN MONSTRUO!

Es un pedazo de materia cuya lujuria ya sólo sacia el crimen espantoso de matar la pureza de la niñez, crimen para el que no existen atenuantes.

Los más espantosos suplicios que inventar pudiera la crueldad humana serían leves para castigar su delito.

Su alma, si la tiene, está invadida por todas las tinieblas del pantano lascivo. Es una parodia de espíritu, saturado de todos los hedores.

Apenas se concibe que el corazón humano descienda a tanta perversión. Apenas puede perdonarse al cielo que consienta a los hombres tanta ferocidad. ¿No hay un límite, ¡oh, Dios mío!, para la vileza de las almas podridas?

En la obscuridad, ¡falaz cómplice!, el feroz malvado, impulsado por un frenesí abrumador e inextinguible, enardecido hasta el desequilibrio por el silencio que tan solo rompe la dulzona orquesta gimiendo un vals lánguido, sacudido hasta las malvadas entra-

D E N T E L L A D A S

ñas por el aroma de humanidad que lo enloquece, empezará su ataque.

Sabe, sí, que sois el padre de aquella que ha elegido como víctima; pero, aunque es un cobarde, no os teme porque tiene la seguridad de que la pobre pequeñuela no osará delatarlo. ¡Hay cosas que la lengua de una niña, por innato pudor, se niega a decir a un padre! Este convencimiento presta audacia a la fiera.

La hiena no ataca jamás a los seres vivos. Sacia su hambre en los cadáveres.

Y mientras miráis atentamente la proyección, el alma pura que es todo vuestro amor, se halla enloquecida y temblorosa.

II

Juan Fernández tenía una hija. Una sola hija. ¡Imaginad vosotros, los buenos padres, cuánto la amaría!

Se llamaba Luisa, y tenía doce años. ¡Do-

ce años! Mujer que todavía era angel; rosa que todavía era capullo; mariposa que era ninfa; día que aun era aurora.

Era altita, morena, sonrosada, dicharachera, ingenua, graciosa y buena.

Fernández quería a Luisita con frenesí, con locura, con apasionamiento. ¿A qué insistir?

Ella era la única compañera, el único amigo, el único amor del buen hombre, que había perdido a su esposa hacía algunos años. El la educaba, porque, avaro en cuanto se relacionaba con su nena, no consintió que fuese al colegio desde que murió su madre.

Un día de diciembre, jueves, padre e hija, felices ambos, después de comer se dirigieron al cine.

Llovía mansamente, y soplaban un vientecillo frío, cual un carámbano de hielo.

Cobijados bajo el mismo paraguas y amorosamente enlazados del brazo, llegaron al "Iris".

Al entrar en la sala de espectáculos, gratamente caldeada, experimentaron una deliciosa sensación de bienestar y optimismo.

Fernández, quitándose el abrigo y arrellenándose en la butaca, se restregó las manos, impulsado por una oleada de plácida dicha, y Luisita, invadida de contento, apretujó entre sus manecitas una de las de su padre.

¡Cuán poco necesitan los corazones sencillos para ser dichosos!

—¡Qué bien! ¿Eh, papaito? — dijo ella, sonriendo.

—¡Estupendo! — murmuró el buen hombre, acariciando la cabecita de la pequeña.

La primera cinta fué una interpretada por Charlot, el ídolo de los niños, que aplaudían sin cesar, y reían encantados de las ridículas y extrambóticas contorsiones del *as* cómico.

Luisita, también disfrutaba en grande... ¡Y el padre, oyéndola reír y palmotear, aun más que ella!

A continuación empezó a proyectarse una película dramática.

Terminada la primera parte de ésta, encendiéronse las luces, y al mirar a su hija, vió Fernández que tenía las mejillas rojas co-

mo una amapola, ¡¡y en los ojos una expresión de infinita angustia!!

Alarmado, la interrogó:

—¿Qué tienes?... ¿Estás mala?

—No tengo nada... Estoy bien—respondió la niña muy quedamente y con acento tembloroso.

¡Sí!... ¡Con acento tembloroso!... ¡Pobre ángel!

¿Cómo no, si había visto abrirse repentinamente ante su inocencia un negro abismo en el que caía su alma llena de pavor?

La pobre mujercita, ante lo inesperado, ante lo imprevisto, ante lo jamás imaginado, se sentía morir de espanto y de asombro.

Mil interrogaciones se atropellaban en su cerebro de doce años, mil sensaciones diversas galopaban por su infantil espíritu, enloqueciéndola.

No veía nada.

No oía nada.

¡Apenas se daba cuenta de que existía!

¡No es posible hacer comprender el espantoso caos que se produce en el alma de un ángel que de pronto se precipita en el vacío

sin darse cuenta de que le han cortado las alas!

¡No es posible, no, imaginar la angustia abrumadora, el terror extrujante, la sorpresa infinita que se produce en el corazón de una niña atacada por un desgarrador de inocencias!

Abrir los ojos lentamente a las realidades e ir entrando sin precipitación en el círculo de las prosas, conducidos en los brazos de la divina ilusión es fin inevitable de la vida; pero ser lanzado repentinamente desde el ensueño purísimo de la infancia a la charca de la más repugnante amoralidad, es la más grande congoja que el alma puede sufrir.

Los que eran claros horizontes se han llenado de espesa bruma; el cielo se ha transformado en negra ciénaga; la luz se ha convertido en sombra... ¡Lo que se creyó conocido es interrogación pavorosa!... ¡Lo que imaginábamos axiomático es un problema!

La desventurada víctima del bestial delincuente sentía en el corazón una llama que se lo devoraba, mientras un sollozo de infinito

pánico pugnaba por escapársele de la garganta.

Al apagarse de nuevo la luz, sintió un frío de muerte, y una lágrima rebelde a todo esfuerzo se escapó de sus ojos.

Impaciente, mientras se proyectaba la segunda parte de la película, Fernández observaba a su hija, temiendo que estuviese enferma.

Pero he aquí que, repentinamente, vió algo horrible.

Una mano de hombre se apoyaba en las rodillas de Luisita, y, con falaz lentitud, se escurría entre sus faldas.

¿Dónde hallar palabras que no sean terribles blasfemias, capaces de expresar con fidelidad la inmensa ira que invadió el alma del desventurado hombre?

El viento huracanado y brutal, la ola empujadora y arrolladora, el frenético volcán, el aniquilador rayo, todo lo que es empuje y rabia, apenas podrían unidos igualar la fiereza que sacudió todo el ser del padre herido por la bestial calamidad.

La muerte repentina del ser amado, la caí-

da repentina en el abismo, el jamás imaginado adulterio de la mujer amada, todo lo que es latigazo desgarrador, apenas podría dar idea de su inconmensurable dolor.

¿Cómo hacer comprender aquella hoguera que se encendió en su pecho, aquel espantoso torbellino que se produjo en su cabeza?

Resonó en la sala un bramido de fiera, un grito de feroz odio, un verdadero aullido.

Se encendió la luz.

Fernández, cegado, enloquecido, ya había saltado sobre el miserable.

Lo tenía agarrado por el cuello, y le mordeía en la cara, una, ciento, mil veces, insaciablemente.

El canalla ya estaba muerto, y sin que el público arremolinado pudiera impedirlo, el enloquecido padre continuaba destrozándolo a dentelladas, bebiéndose su sangre, que le embadurnaba la cara.

No oía ni la voz de su hija que, entre sollozos convulsivos le suplicaba:

—¡No, papá!... ¡Déjalo, papaito!... ¡No lo mates!...

Fernández asegura que no se arrepiente.

S I N E S I O D A R N E L L

—Mil veces repetiría mi crimen — afirma, con rabia—, si tal nombre merece mi venganza.

Fué detenido, procesado y absuelto.

¿Acaso el Código puede castigar a los padres que matan a los desgarradores de inocencias?

D E N T E L L A D A S

El paraíso perdido

La humanidad perdió para siempre el delicioso Paraíso Terrenal por culpa de nuestro padre Adán.

El pobre hombre pecó. Es lamentable; pero para juzgar con equidad su calaverada, hay que tener en cuenta que se aburría como una ostra.

Es necesario ser justo, lectores.

No olvidemos, señores, que en el Paraíso no había más personas que él y su mujer,

Eva... No olvidemos que no podían ir al teatro, ni leer novelas, ni reñir con la suegra, ¡ni tan siquiera murmurar del prójimo!... Tengamos en cuenta que no existían aún los políticos españoles del antiguo régimen, cuyas farsas tantísimo hubieran hecho reír al simpático Adán.

El pobre hombre, lo mismo que las bestias, e incluso las plantas, tenía la sensación de que le faltaba algo de primera necesidad para ser dichoso, y hallábase en perpetuo bostezamiento.

Todo lo existente estaba lánguido. Todo, sobre todo, estaba alicaído. Esto es evidente.

Ya procuraba el inclito Adán distraerse tirando piedras, mirándose las uñas, y subiéndose a los árboles. Pero estas son cosas que llegan a cansar.

Cierto día, que se hallaba como nunca cabizbajo y meditabundo, fué inducido por los perversos consejos de la serpiente, fundadora del sindicato de Celestinas, para que probase aquello que por tener vedado le inspiraba mayor deseo de conocer.

Y decidido a hacer las diez de últimas,

nuestro antepasado buscó a Eva, la acarició bajo un verde y frondoso mangostán, y murmurando en su oído unas palabras amorosas, puso entre sus labios el primer beso.

¡Todo lo existente se estremeció!

—¡Esto es la caraba! — murmuró Adán, comiéndose hasta el rabo de la famosa manzana.

De una rosa saltó el niño Cupido, extrajo de su carcaj miles de flechas, y las lanzó al espacio.

Nacido el amor, empezó la historia del mundo.

Irguióse Adán, se atusó el bigote, sintiéndose cual nunca el Rey de la Creación, arrancó dos hojas de una parra próxima, y le entregó una a su esposa cantando aquello de:

Tápate María, tápate

Este fué el origen del cuplet.

Careciendo de cuerdas para atarse las hojas de parra, asegura un testigo presencial que se las pegaron con resina.

—Lo único que siento—pensó Adán, de-

vorando otra manzana—es que he sido un pingüino... Ya no podré recuperar el tiempo perdido!

Eva sonreía irónicamente.

Enojado al saberse desobedecido, Dios anatemizó al hombre y a su hembra.

“Ganarás el pan con el sudor de tu frente”
—gritó.

—Los listos lo ganarán con el sudor de los demás—respondió nuestro antecesor, que, por lo visto, era un poco cínico.

Y cuando salía del Paraíso, arrojado ignominiosamente de él, pensaba con expresión de extrañeza, mirando aquello con que pecó:

—¡Pues, señor!... Si tenía prohibido su uso, ¿para qué quería yo esto!... ¡Porque para otros fines que no sean el de comer manzanas, con la quinta parte tenía más que suficiente!

La primera herida

Este “charlestoniano”, materialista y bellaquisimo siglo al que tenemos la desgracia de pertenecer, es enemigo encarnizado de los juegos inocentes, de las risas sanas, y de las ilusiones puras.

Digno enjendro de él, el pobre Falito jamás había sido niño.

Saltó de bebé a hombrecillo bruscamente, sin detenerse un solo momento a gozar de los encantadores patrimonios de la niñez, sin

retozar entre las brillantes nubes de ilusión que envuelve a la infancia inocente.

Aun no había cumplido los catorce años, y ya fumaba y bebía, dudaba de todo, padecía insomnios, y se aburría frecuentemente.

Cuando algún amigo le reprochaba sus vicios, sabía contestar aquello de: ¡Para cuatro días que dura esta cochina vida!

Era alto y escualido, pálido y ojeroso, triston y apocado.

No había jugado al marro, al chito, ni al peón... No había gustado el mágico dulzor de los encantadores cuentos de Calleja, ni la deliciosa emotividad de las fantasías de Julio Verne... En cambio, había devorado todas las novelas de nuestros grandes maestros del siglo XX, esos beneméritos masturbadores de la juventud, imitadores de la puerca literatura francesa, y que tan injustamente son combatidos por unos cuantos retrógrados, envidiosos de su arte de poceros literarios.

Entre los de otras lumbreras por el estilo, sabíase de memoria casi los abortos nauseabundos del bellissimo e ingenuo Retana, el inimitable poeta de las cloacas, el paladín de los

estetas, el príncipe del sommier y del bidet.

Orientado por tan escogidas, sanas y olorosas lecturas, Falito llegó a figurarse que el hombre y la mujer existían con el único objeto de satisfacer las exigencias del bajo vientre.

Y consumiéndose constantemente, sin una tregua en el deseo de gustar las innúmeras perversiones de que le habían preñado el corazón sus pornográficos maestros, vivía en perpetuo celo, con los nervios vibrantes, la sangre achicharrada, y la imaginación llena de lúbricas visiones.

Cierto anochecer, venciendo el deseo voraz de calmar el ansia de hembra que lo consumía, al pavor que sentía de entrar por las puertas de lo desconocido, atendió la invitación de una mujerzuela apostada en un portalucho de la aristocrática calle de Santa Bárbara.

—¿Vienes, rico?

Al escuchar la tentadora proposición, hecha con voz que quería ser dulce, se detuvo.

Una vez sabida la económica tarifa del espléndido y variadísimo "menu" que le brin-

daba insinuante la desgraciada pendejo, Falito cerró el trato.

Entró en el obscuro portalucho.

La mujer, con las faldas levantadas hasta medio muslo, subía rápidamente los escalones, tatareando una canción cínica.

El la seguía tembloroso y emocionado.

Después de atravesar un pasillo estrecho, pintado de azul y lleno de chirles, entraron en una clásica habitación de prostíbulo barato.

Percibiase una rara mezcla olorosa de esencia y cochambre. Ese olor especial y desagradable de humedad y esencia barata.

El mueblaje del cuarto se reducía a un palanganero de hierro, una percha, dos sillas, una cama con colcha de percalina floreada, y una mesilla de noche, alumbrado todo ello por una bombilla de diez bujías.

La ramera se despojó del vestido y de la enagua rápidamente, quedándose en camisa, una camisita verde reducida a su mínima expresión.

En el muslo izquierdo tenía un cardenal

del tamaño de un panecillo de Viena, resultante de alguna delicada patada de uno de sus aristocráticos clientes.

Falito permanecía sentado en una de las sillas, preguntándose interiormente si sería oportuno o no el desnudarse.

—Debía haberme lavado los pies—pensó, repentinamente—. ¡Si tengo que quitarme los calcetines será una vergüenza horrible!

Después se acordó de sus padres y de sus hermanas, y experimentó un rubor intensísimo.

—¡Qué ajenos están de que me hallo aquí!...—decíase.

—¿No te desnudas, chaval?—interrogó la mujer, quitándose la camisa.

Miraba a Falito sonriéndose, y enseñando bajo los labios pintarrajeados un par de muelas ennegrecidas por la carie.

Tenía los pechos colgantes y anchos, como dos grandes ensaimadas mallorquinas... Los pezones negros y gordos.

El ombligo, saliente, parecía un dedal pegado a la barriga, una barriga grande y flácida.

Lejos de sentirse enardecido, Falito miraba todo aquello con repugnancia.

¡De buena gana hubiese huido!

Tumbado en la cama, cuando la hembra trató de besarlo esquivó la boca.

Bajó las escaleras escupiendo, y sintiendo deseos de gemir.

Aquello, aquello tan soñado, le había parecido estúpido y asqueroso.

Una desilusión infinita le apretujaba el corazón, apareciéndosele la vida, repentinamente, como una cosa despreciable y tristísima.

—¡Qué mentiras!—pensaba—. ¿Y eso, eso es todo?... ¿Así son las mujeres?... ¿Así el amor?

Mientras se dirigía a su casa, todas las mujeres que veía pasar se las imaginaba fofas, con los pechos colgantes, los pezones negros y grandes, la barriga bladucha, y el ombligo de dedal.

Rememorando los detalles de la escena pasada, pensaba que, seguramente, todas las mujeres de la Tierra amarían como aquella prostituta, cínicamente, deseando terminar

la indigna comedia, besuqueando con frialdad, diciendo estúpidas frases de pasión, saltando de la cama con rapidez apenas ultimado el acto, y lavándose con impudor burdo en una palangana desportillada.

Hasta le parecía que no existían en el mundo otras camas que las de hierro con bolinches dorados, torcidos y llenos de abolladuras, así como que debía ser eterno compañero del lecho de mujer aquel olor de humedad y de colonia basta.

Cuando llegó a su casa se dirigió directamente a su habitación y se lavó la cara.

Al entrar en el comedor encontróse con varias señoritas y muchachos amigos que estaban jugando a las prendas.

Besó a su madre y a sus hermanas.

Después, requerido a ello, se sentó y tomó parte en el juego.

“Ha venido un barco cargado de...”

Tenía a su derecha una niña de diez y seis años, que reía gozosa con las inocentes contingencias del juego.

Era blanca y rubia.

Desprendíase de ella un delicado aroma de juventud y limpieza.

Falito pensaba en las paredes azules de aquel pasillo, en aquella tohalla azul, en aquel palanganero...

Oyó una vocecita dulce:

“Ha venido un barco cargado de...”

Al recibir sobre sus rodillas el pañuelo, no supo que responder.

Estaba preguntándose:

—¿Aquéllo es, realmente, amor?

Y sentía en lo más profundo del pecho una melancolía que le daba ganas de llorar.

Probo no sabía vivir

Hace años vivía en la Ciudad Condal cierto individuo que, aunque parezca mentira por lo insólito que resultaría el caso en esta época, tenía vergüenza, pundonor y demás zarandajas, impropias de los hombres modernos que en algo se precian.

El buenazo y estrafalario del susodicho individuo era comerciante, y no robaba en el peso, ni adulteraba los artículos, ni siquiera ganaba el ciento por uno!

Casi valdría la pena de decir, en consecuencia, que era algo imbécil, ya que a ningún hombre que tenga dos dedos de frente, se le ocurre el poner un comercio para hacer el patagón.

Como se comprenderá sin gran esfuerzo, le fué imposible competir con los honorables e inteligentes comerciantes que hacían lo contrario que él, y que marchaban viento en popa.

Quebró de la manera más estúpida, y poco tiempo después hallóse en la más negra y despreciable de las miserias.

No sabía robar, no sabía vivir a costa de las mujeres, no sabía hacer trampas en el juego, ni pedir prestado a los amigos, ni tenía influencias o pesetas para lograr un destino en el Ayuntamiento, ni sabía hacer política. Era, pues, un ser absolutamente inútil para ganarse la vida de una manera decorosa.

Llegó un día en que no tuvo en los bolsillos ni una sola peseta, desgracia mil veces peor que no tener en las venas ni una gota de sangre, porque sin sangre hubiera muerto, y sin dinero continuaba respirando.

Sintió hambre por primera vez en la vida.

Y comprendió que era necesario comer, de igual manera que quien se ahoga comprende que es necesario respirar.

El estómago es nuestro peor enemigo. Un enemigo implacable que no admite explicaciones ni entiende de convencionalismos.

El hombre de sangre azul que tiene hambre, se parece al de sangre roja tanto como una alcachofa a otra alcachofa. De aquí se deduce que no sólo la muerte hace exactamente iguales a los hombres, sino que también los iguala el estómago cuando está vacío. ¡Veinticuatro horas de ayuno es la barrera que separa a las castas!

Desfallecido moral y materialmente, el ente que nos ocupa, llamado Probo, sentóse en un banco del Parque.

Llevaba allí muy cerca de dos horas entregado a sus tristes reflexiones, cuando un caballero elegantemente vestido paróse ante él y lo llamó:

—¡Probo!

Este alzó la cabeza, que tenía abatida so-

bre el pecho, y miró con extrañeza al caballero. Después se levantó sonriendo.

—¿Eres tú, Práctico?—murmuró.

—¡Sí, hombre, sí!... ¿Qué haces aquí?

Probo, sentándose de nuevo, explicó a Práctico el drama de su vida.

Práctico, cuando su amigo hubo terminado de hablar, sonriendo bonachonamente, le dió unos golpecitos en la rodilla.

—Bueno, querido... ¡Vamos a ver! — exclamó—. ¿Cuántos gramos tenía el kilo de tu tienda?

Al oír tan extraña pregunta, Probo miró a su interlocutor con expresión de asombro.

—¿Cuántos quieres que tuviese?—respondió, al fin—. ¡El kilo de mi tienda tenía mil gramos!

—He aquí un error gravísimo... El kilo del comerciante que sabe lo que se hace es de ochocientos setenta gramos... ¡Ni uno más, amigo!

—¡Pero, hombre!...

—¡Nada, nada!... ¡Eres una codorniz sencilla!... Estoy seguro de que, además, no añadías ladrillo molido al pimentón, ni avena

tostada al café, ni pequeñas piedras a las lentejas...

—Hacer eso hubiera sido un robo—balbuceó Probo.

—¡Vaya un comerciante!... ¡Apuesto doble contra sencillo a que no humedecías el azúcar! ¿Verdad?

—¡Nada de eso!... ¡Nada de eso!—respondió—. Yo era un comerciante honrado.

—¿Honrado?—interrogó Práctico, mirando al cielo—. ¿Honrado?... ¡Ah!... ¡Ya comprendo!... Tú tienes esa cosa tan inútil y perjudicial que se llama honorabilidad. Algo parecido a la vergüenza... ¡Qué lástima!... ¿Por qué no la tiras?... ¿Es, acaso, un recuerdo de familia?... En fin: dada tu situación, trataré de ayudarte.

—¿Qué necesitas?—continuó—. Somos amigos de la infancia, te quiero muy de veras, y trataré de ayudarte... ¿Has comido?

—Sí—balbuceó Probo, enrojeciendo—. He comido... ¡Pero hace muchas horas!

—Comprendo... Tienes apetito... Te daré de comer. Y haré algo más en tu obsequio: te compraré un traje, poniéndote en condi-

ciones de enriquecerte. Sí, querido. Voy a hacerte dueño de un secreto. Del secreto de mi riqueza... Prescindiendo de ciertas cualidades morales que después te explicaré, debo decirte que es necesario vestir muy bien para tener éxito en este pajolero mundo. Todo esfuerzo que se haga para triunfar es absolutamente estéril si no se presta a la indumentaria la atención que se merece... Un pañuelo de seda surgiendo artísticamente del bolsillo superior de la americana, vale más que una cualidad moral cualquiera...

... ..

De poco sirve el ser bueno si se llevan las botas rotas, ni ser inteligente si se lleva el sombrero grasiento...

... ..

Hay que cuidar con sumo esmero del exterior de nuestra persona, querido Probo. Aparezcamos limpios y elegantes aun cuando llevemos el espíritu podrido y la camisa sucia. ¡La apariencia es el todo!... La mayor

parte de los triunfadores deben su victoria a una buena corbata o a unas botas de charol...

... ..

Si se carece de fortuna para hacer frente a la imperiosa necesidad de vestir con elegancia, es preciso ahorrar en la comida. El lujo que invade todas las clases sociales procede de sacrificios exigidos al estómago o a la vergüenza. Nadie podrá saber si nuestro estómago está vacío. En cambio, todos verán si llevamos un mal remiendo o torcidos los tacones de las botas. Todo el oropel que vemos en las calles, representa abstinencias y miserias dentro de los hogares...

... ..

De la indumentaria, o de nimios detalles de ella, incluso depende muchas veces la fama de un hombre o la gloria de un pueblo... El hombre es el vestido. Si Napoleón se hubiera quedado en calzoncillos al iniciar una batalla, su ejército hubiera sido derrotado. A un obispo en *pelele* nadie le besaría el anillo. Ningún orador sujestionaría a su auditorio con la pretina desabrochada...

S I N E S I O D A R N E L L

—¡Pero, ya había olvidado que tienes apetito!—dijo Práctico, levantándose—. Vamos, y mientras comemos continuaré ilustrándote... Porque tú, amigo mío, veo que ignoras los mandamientos del perfecto vividor.

D E N T E L L A D A S

Los últimos románticos

Tenía los labios rojos cual el jugo de la fresa madura, la piel como el pétalo de la rosa, la dentadura alba como la nieve. Tenía los ojos grandes, negros y enigmáticos. Ojos misteriosos, inquietantes, de balada, de ensueño, de abismo...

Al embrujamiento de su belleza peregrina, habíanse rendido mil corazones; pero ella no había jamás concedido punto de apoyo a la esperanza de ninguno, tronchando las in-

clinaciones amorosas tan pronto se mostraban en próxima súplica de correspondencia.

Su padre mostrábase indignado.

—Ya estás en edad de elegir marido—le decía—. ¿Qué esperas?

La bella mujer, mirando a la lejanía, contestaba:

—No ha logrado aún hombre alguno encender en mi espíritu la llama del amor... ¡Esperaré!

—Todas las mujeres daríanse por muy dichosas si las amase cualquiera de tus pretendientes—insistía el viejo.

Y su hija decíale:

—Mi alma, por equivocación sin duda, ha sido forjada en los yunques del pasado, y se halla en perpetua rebeldía con las costumbres del siglo... Por eso no he hallado en el camino de mi vida ser alguno que lleve encendidas, cual yo, las divinas lámparas del romanticismo...

—¡Mejor dirías los candiles de la necesidad!

Aleja sonreía.

—No insistas, padre mío —murmuraba—.

Quiero hallar un hombre bueno, honrado, leal, viril, caballeroso y valiente. Un hombre recto, soñador, impulsivo, audaz...

—Busca antes el cuervo blanco, ¡imbécil! —reía irónicamente el viejo.

* * *

Gota a gota fué cayendo el tiempo sobre la romántica mujer.

¡Ya no tenía los labios como la madura fresa, ni alba la dentadura, ni piel cual la hoja de la rosa!

Pero en sus ojos brillaba aún inquietud y misterio, nostalgia y enigmas...

Un triste día de otoño, paseando por las afueras de la ciudad, vió sentado en la cuneta del camino a un hombre y anciano, que tenía puesta la mirada en el lejano horizonte, y por cuyas mejillas corría una lágrima indiscreta.

—¿Qué tenéis, buen hombre?—inquirió.

—Lloro porque reconozco que he sido durante toda la vida un verdadero estúpido—le respondió el anciano—. ¡Figuraos que no

he sabido nunca mentir, ni ser hipócrita, ni desleal, ni cobarde!...

—¿Os causa pena haber sido virtuoso?

—¿Virtuoso?... No sé... Lo cierto es que he sido siempre humillado, vencido, escarnecido...

—¿No habéis amado nunca? — interrogó la mujer.

—No... ¡Jamás!... Yo había creado en el fondo de mi espíritu un ser ideal... Una mujer que rindiese culto a la verdadera feminidad, que no admitiese ¡oh cielos! las extravagantes imposiciones de la moda, que no bailase imitando al feo paso del canguro, que no se embadurnase la cara con pegotes y brochazos de sucios potingues, que no leyese las bestiales obras de nuestros escritores contemporáneos... ¡Porque la mujer moderna, no me parece mujer!... ¡Sólo les falta el bigote para ser idénticas a los sargentos de caballería!...

Al terminar su lamentación sacó del bolsillo una botella de ginebra y bebió largamente, mirando a la estrella de la tarde que brillaba en el cielo.

Se le pusieron los ojos lagrimosos y enrojecidos.

—Pues yo os aseguro —balbuceó ella—, que la mujer en que soñabais ha existido.

—Sí... ¡Pero no he podido hallarla!

La pobre mujer puso un beso en la frente del anciano y alejóse en dirección a la ciudad.

Con labio tembloroso murmuraba:

—¿Por qué, Dios mío, dais tan cruel fin al eterno ensueño de mi pobre vida?

—El buho escondido en añoso tronco lanzó su lúgubre grito.

Parecía decir:

—¡Moriros ya, imbéciles!... Estamos en el siglo de la máquina y del cheque... ¡Ya no queda sobre la amplia Tierra ningún humano tan estúpido que guarde en el corazón necios ideales!...

Y ella se dijo:

—¡Sí!... ¡Muramos porque todo está podrido!

El inocente café cantante

Rosita creía que un café cantante era algo así como la antesala del infierno, o poco menos.

Toda injusticia cometida contra las personas o las cosas me subleva. Y me empeñé en demostrar a mi hermosísima amiga, que un "musicol" es, realmente, la cosa más inocente que existe sobre la Tierra, después del juego de la taba.

—Casi me atrevo a decirte—afirmé, des-

pués de un largo razonamiento—que el café cantante es escuela de buenas costumbres y una panacea del dolor... Yo voy a ellos cuando me atormenta esa enfermedad ridícula que el vulgo denomina flato, o cuando quiero escribir un artículo ensalzando el patriotismo de Romanones.

Tanto insistí, que Rosita decidió acompañarme una noche, con objeto de convencerse de la verdad de mis afirmaciones.

Debo advertir, que mi amiga era una muchacha honrada. No tenía cartilla ni llevaba el alquila levantado. ¿Pide el siglo actual más requisitos a una mujer, para cederle el calificativo de decente?

Entramos en cierto café concierto del Paralelo, y nos sentamos en dos cascarriosas butacas de la primera fila.

Se olía a bacanal... Es decir: se olía a sudor, a tabaco y a pies. Era un tufillo como de queso roquefort y vinagre.

El local estaba lleno de viejos, de golfos y de jovenzuelos.

En los primeros veladores de la derecha e izquierda del escenario, no había ni un al-

filer. Estas mesas son las preferidas, pues cuando la policía impide con su presencia la exhibición descarada de carnes en el escenario, se exponen entre bastidores las artistas, presumiendo de madre Eva antes de atarse la hoja de parra.

La murga, dominada por los estridentes berridos del cornetín, alma del cabaret, empezó a tocar un pasodoble.

Inmediatamente se levantó el telón.

Al aparecer en escena la cupletista de turno, sonaron en las butacas dos aplausos y un eructo.

—¡Calla, puerco!—gritó un espectador.

—¡Que lo lleven al pesebre!—coreó otro.

La artista, ataviada con un trajecito que le llegaba algo más arriba de medio muslo, muslos flácidos seguidos de unas pantorrillas que parecían dos barquillos, carraspeó, hizo un gracioso corte de manga en dirección al espectador padre del regüeldo, y con voz de loro acatarrado, cantó:

“Soy Argentina, che”

“Y a Buenos Aires me voy”

—¡Vete aunque sea al Clot, so mojama!—berreó un viejo.

Pero la increpada, importándole todo un ardite, continuó cantando.

Miraba al policía, que estaba sentado en un palco. Y al ver que sacaba un periódico del bolsillo y se ponía a leer, se levantó el faldellín hasta más arriba del ombligo.

—¡Que atrocidad! —murmuró Rosita—. ¡No lleva pantalones!

—¡Ni hoja de parra!—respondi, sonriendo—. Es el último berrido de la moda.

La “cantatriz” cantaba mal; pero tenía ademanes delicadísimos.

Para indicar, por ejemplo, que “*la vida es hermosa*”, al tiempo de decirlo extendía el brazo en dirección al público y después imitaba el movimiento que hacen los conductores de tranvía al manejar la manivela. Si decía: “*Pepa compra bananas así*”, se agarraba con la mano izquierda el brazo derecho por algo más arriba del codo y movía el antebrazo cadenciosamente de arriba a abajo.

Tras esta artista salió a escena una segun-

da, cuya aparición fué entusiásticamente saludada por una explosión de tres aplausos.

Era gorda, grande, oxigenada, cuarentona, e iba vestida de bebé.

Sus movimientos eran tan graciosos como los del sapo o del pingüino.

Cantó.

“Soy mariposa que va volando de flor en flor”

—¡De nabo en nabo, vas volando, lorito! —gritó un energúmeno.

El timbre que hay colocado en los escenarios de estos lugares de sano esparcimiento, dió la señal de que el policía había abandonado la sala.

Tal ausencia fué aprovechada por la rubrosa cantante.

Levantándose las faldas hasta la cintura, de espaldas al público, empezó a mover frenéticamente las posaderas, grandes, fofas, acompañada en su artístico molinete por el cornetín.

... ..

Y así hasta treinta mujeres más, que hicieron los mismos derroches de arte y buen gusto.

... ..

—Y dice usted—preguntó Rosita, cuando abandonamos el cabaret—, que el espectáculo a que hemos asistido es escuela de buenas costumbres?

—¡Ya lo creo!—respondí—. A las cuatro veces de ver tales cosas, lo mismo nos da a los hombres el contemplar una mujer en cueros que tocarle el bigote a un respetable municipal. Estos espectáculos, amiga mía, son los más encarnizados enemigos de la lujuria, aunque a primera vista no parezca así.

El crimen de Cárabo

Prendidas en el transparente palio del cielo, brillan las luminarias del infinito.

Saturado de aroma que arranca a la fronda y a la vega, el tenue viento presta a la primaveral noche todo un tesoro de dulzura y de poesía.

Musita el riachuelo el poema de la eterna peregrinación del agua.

Al leve céfiro murmura el bosque estrofas incomprensibles de misterio y de nostalgia.

La rana croa estúpida sobre el légamo de la charca.

El repugnante sapo lanza a las sombras su aflautado llamamiento amoroso.

El diminuto ruiseñor arpegia sus más caras endechas a su fiel compañera.

De pronto, el cárabo, el tétrico rapaz, lanza a los vientos su lúgubre reto.

Enmudece el ruiseñor, y tiemblan llenos de pavor el pinzón y el carbonerillo, el verdorón y el jilguero.

Y no muy lejos, óyese a los pocos instantes el grito angustioso del indefenso pardillo.

El cárabo tiene presa.

Puesto sobre la rama del almendro florido, devora con fruición a su víctima aun palpitante.

Y dice:

—No importa que brillen en el espacio las estrellas, ni que el leve céfiro sea aromoso, ni que el ruiseñor trine apasionado, porque es ley imperiosa del cielo, que la vida se sostenga con la muerte, que la cadena de sacrificios sangrientos no se interrumpa, y que todos los corazones sufran dolores inmensos.

Pero la noche le dice:

—¡Consuélate, rapaz cárabo!... Toda la sangre vertida sobre la Tierra caerá sobre la cabeza del humano, la feroz bestia que ha vertido más sangre y ha arrancado más lágrimas que instantes tiene la inmensidad.

Y el llanto de los ángeles empezó a descender sobre el mundo en forma de rocío que besaba a la temblorosa Naturaleza.

La muerte del doctor

Cuando Kin-Fu, considerado el más sabio entre los sabios médicos de la Celeste República, comprendió que había llegado su última hora, reunió alrededor de su lecho a todos sus parientes e íntimos amigos.

Y en chino, dijo así:

—Amigos míos: tengo en el centro del corazón remordimientos que me muerden como una bestia feroz... ¡Necesito desahogar mi

conciencia atribulada por mis graves pecados!

—¡No digas eso, rutilante estrella de la mañana!... Todos conocemos tu santidad y la limpieza de tu alma—exclamó Toca-Chiu.

—¡La apariencia y la mentira van siempre del brazo! —replicó el enfermo—. Yo, amigos y parientes, he cometido innumerables crímenes... ¡Cerrad las contraventanas para que no veáis el rubor coloreándome las mejillas!... Y vosotros dos, doctores eminentes, sentaros en el más oscuro de los rincones.

Hízose conforme mandaba Kin-Fu, el cual continuó hablando.

—Diré ante todo que, como compendio de cincuenta años de práctica y estudios profesionales, he sacado la consecuencia de que el bicarbonato de sosa es el único potingue que jamás falla... Ya Galeno lo sospechaba y yo lo afirmo... Administrado al gordo y al flaco, al sanguíneo y al linfático, al viril y al caduco, vence siempre y expulsa los gases que se acumulan en los intestinos... ¡He aquí la única verdad que existe en la medicina!

Dió un suspiro profundo al decir estas últimas palabras, y se quedó mirando al techo.

—Sentado esto—continuó a los pocos momentos— me acuso... Yo he recetado específicos compuestos de agua de lluvia y miga de pan, asegurando que eran infalibles para los callos y convencido de que eran la carabina de Ambrosio, porque el inventor me concedía dos reales por frasco que se despachaba por mi mediación.

—¡Peccata minuta! — musitó uno de los médicos.

—Yo he operado a muchos enfermos, sabiendo que eran incurables y que les acertaba la poca vida que les quedaba, para cobrar después miles de pesetas...

... ..

Cuando me llamaban a una consulta, siempre decía que el médico de cabecera había procedido acertadamente, aunque lo hubiera hecho como un verdadero asno...

... ..

Yo inventé, y vendía a millares, mi famoso preparado contra las almorranas. Cada frasco me costaba siete céntimos y lo cobraba

al enfermo a ocho pesetas... ¡Y hay, amigos míos, quien está en la cárcel por robar un queso!

—¡Divagas, Kin-Fu!—exclamó uno de los médicos—. Nosotros tenemos un título académico.

—¡Sí! ¡Es cierto!—musitó Kin-Fu—. También tiene título académico el ingeniero que se come la grava de las carreteras, el arquitecto que se merienda un cuarenta por ciento de cemento, el juez que falla a favor de quien da más, y el bandolero que lleva un trabuco.

Kin-Fu se mordió una uña, al tiempo que una lágrima rebelde brotó de sus ojillos.

A los pocos instantes habló de nuevo:

—Toda mi ciencia—dijo—era un fárrago de ensayos, divagaciones y mentiras... Mis recetas, necedades de efectos nulos, cuando no perjudiciales... A veces, inopinadamente, salvaba a un enfermo de viruelas con cataplasmas de agua boricada en el sobaco. Me creía en posesión de un hermoso descubrimiento, y al siguiente día se me morían dos clientes virulosos apenas les sometía al mismo trata-

miento... ¡La pomada que a este hombre le curaba un orzuelo, a aquel lo dejaba tuer-to!... ¡Las inyecciones que daban apetito a los gordos, aumentaba la inapetencia a los delgados!... ¡Lo que hoy era de resultados espléndidos, mañana era fatal!... ¡Y a todo esto, señores, los loros y las pulgas no tienen médicos ni enfermedades!

Kin-Fu al llegar aquí, empezó a dar las boqueadas.

Al observarlo uno de los médicos que se hallaban en la estancia, levantóse y, llegando hasta el lecho, tomó el pulso al moribundo.

Este, al observarlo, puso cara de profundo horror.

—¡No, por Confucio! —gritó—. ¡Ya me moriré sin tu ayuda!

Y al expirar, se le oyó decir:

—¡No quiero que me maten con receta!

¡ Emborrachémonos !

Erase un individuo apellidado Merluzón.

El tal, sólo tenía un insignificante vicio: el de emborracharse casi a diario.

Esto, no era óbice para que el mundo lo considerase como un perfecto caballero. Lo era, porque no robaba, no mataba, llevaba un hermoso solitario en el dedo meñique de la mano derecha, y vestía elegantemente.

Tenía la buena costumbre de rascarse la ceja con el dedo índice de la diestra mano, lo

que le permitía llamar la atención de la gente hacia el citado brillante.

—¡He aquí una persona decente!—pensaba todo el que veía la joya.

Cosa rara, digna de apuntarse: así como la mayor parte de borrachos niegan que lo son, nuestro hombre lo confesaba. Es más: hacía gala de ello.

Su perpetua “cogorza” era una “cogorza” elegante. En público no blasfemaba, no eruptaba, no se bamboleaba al andar... Y sus ideas sobre el alcoholismo eran originalísimas.

—La fabricación del alcohol y de sus múltiples compuestos y derivados—decía, cuando su borrachera no era de las taciturnas, y algún amigo le recriminaba—es una de las conquistas de la inteligencia humana que más debe enorgullecernos. La borrachera es una prueba de cultura.

—Si, por otra parte—continuaba—, se tiene la precaución de practicarla con licores de los Padres Benedictinos, de los Padres Carmelitas, de los Padres Chartreuses, u otra congregación fomentadora del alcoholismo,

es un alarde de distinción y de religiosidad... Por otra parte, querido, emborracharse es un medio económico y delicioso de olvidar los sinsabores de la vida... El alcoholismo empieza su obra embelleciendo a sus adoradores. Marca arrugas en la frente, colorea de rojo vivo la nariz, y pone en los labios un sello de babosidad francamente encantador... Además, adormece la inteligencia, mata el pudor, y hace desaparecer del corazón todos los buenos sentimientos, que, como sabes, solo sirven de estorbo para vivir en este pícaro mundo.

—¡Créeme, amigo mío! —insistía—. ¡Emborráchate!... Pruébalo una vez, y te aseguro que reincidirás ciento.

Y sonreía cínicamente.

Como nadie ni nada impide a los alcohólicos el tener descendencia, el simpático Merluzón habíase permitido tener tres hijos.

El mayor tenía once años. Era raquítico, escuálido, terroso, hundido de pecho, y con grandes ojeras. Tosía constantemente, encojiéndose, poniendo una de sus manitas sobre el pecho, y abriendo exageradamente sus

hermosos ojos negros. Reconociase en él, sin esfuerzo, al niño devorado por la tuberculosis, enfermedad que lo acompañaba desde el vientre de su madre, fecundado entre las bascas del borracho.

El mediano era imbécil y monstruoso. Tenía una cabeza enorme y un cuerpo diminuto. Babeaba de continuo, y se arrastraba por la casa manoteando, balanceando su voluminosa cabezota, y guiñando los ojos con esa expresión peculiar de idiotas.

El último vástago era una niña de siete años, ciega de nacimiento.

Hagamos un poco de filosofía barata.

El hombre que roba un pan para dar de comer a sus hijos, es un delincuente.

Y engendrar hijos idiotas, tullidos, o tuberculosos, como consecuencia de empalmar borracheras ¿no es, ¡cielos!, un crimen?

Supongamos que la madre de estos seres desventurados, enloquecida de dolor, devorada por el odio hacia el culpable, le arrebatase la vida. ¿Sería la Justicia capaz de condenarla? Indudablemente.

¡Mujer! ¡No olvides nunca que el Código

está escrito por los hombres! ¡Sufre y calla!

Como casi todos los borrachos, Merluzón se sentía con ganas de bronca tan pronto como llegaba a su casa, enardeciéndose hasta la locura por el más fútil de los motivos.

—¡Tú eres una grandísima puerca!—vociferaba mirando a su mujer ferozmente—. ¡Sí, señora!... ¡Repito!... ¡Una marrana!... ¡Una marrana!...

Manoteaba. Se tiraba de los pelos. Escupía con rabia en las paredes, jadeaba como una bestia y, ante sus hijos, aterrorizados, borbotaba indecencias que acompañaba de obscenos ademanes.

Con los ojos enrojecidos y saltones, las bragas caídas, el cuello desabrochado, el lazo de la corbata debajo de la oreja, y blancuzca saliva en las comisuras de los labios, parecía una bestia enfurecida.

¡Daba asco! Sí: ¡daba asco y terror!

Los escorpiones malditos del delirio alcohólico despertaban en su embrutecido y vil cerebro, las víboras de la crueldad se le enroscaban en su corazón podrido, la venenosa baba de sus entrañas ulceradas, se mezclaba

con su sangre, y, como todos los borrachos, el malvado Merluzón terminaba, al fin, abalanzándose hacia su mujer y maltratándola con ferocidad.

A veces, casi siempre, entre las puñadas que propinaba a la mártir, intercalaba algunas punteras dirigidas a sus hijos.

El enfermito y la ciegucecita, gimiendo aterrorizados, levantaban sus bracitos hacia la desventurada madre que, llorando silenciosamente, no osaba defenderse.

El idiota, enardecido por el escándalo, redoblaba sus gangueos, balanceando la cabeza con mayor energía que de ordinario.

Un día, la ciegucecita, llorando con inenarrable dolor se atrevió a pegar al malvado, e incluso lo insultó:

—¡Tú eres malo!... ¡Malo!... ¡Malo!

—¿Malo?—balbuceó Merluzón, subiéndose los pantalones—. ¡Tu madre se casó conmigo para aguantar todas mis llagas morales!... Y tú, imbecil ciega, ¿por qué nacistes sin mi permiso?

—¡No sé como has tenido tantos hijos, co-

S I N E S I O D A R N E L L

china!—balbuceaba, mirando a su mujer con expresión de odio.

Tambaleándose, llegaba al lecho, y, como siempre, se tiraba sobre él sin desnudarse.

Pocos momentos después roncaba como un cerdo.

Era absolutamente feliz.

¡Envidiémosle!

D E N T E L L A D A S

En busca de la Verdad

Iluso, el artista, decidió cierto día, que bien podemos llamar infausto, pintar un cuadro al cual pudiese titular "La Verdad".

Aferrado a esta malaventurada idea, barrenóse durante muchos meses la imaginación sin encontrar nada que mereciese servir de punto de apoyo a su proyectada alegoría.

Su empeño fué convirtiéndose en monomanía, y terminó en locura.

Tal final era inevitable.

Nuestra opinión sincera es que debía ser loco de nacimiento. Sólo así se comprende que perseverase en su estúpida idea de hallar lo que no existe.

Por fortuna, su desequilibrio mental era pacífico. Ambulaba por el mundo analizando seres, instituciones, sentimientos, creencias y leyes... Y cada vez aumentaba su locura, porque en el fondo de todas las apariencias descubría el cieno de lo falso, y estos engaños producían en su cerebro enfermo el mismo efecto que un martillazo.

—Lo que busco quizá sea un mito, una quimera o un límite—se decía, muchas veces —¿Estaré loco?... Pero, por otra parte, es indudable que Dios, al poner tanta mentira sobre la Tierra, habrá puesto alguna verdad. Aunque no sea más que para demostrar que todo lo puede...

Su razonamiento era digno de su enfermedad mental, porque Dios no necesita probar su poder dando realidad a la fantasía de un loco.

—Busco la Verdad—decía Iluso a todo el que le interrogaba.—Comprendo que se trata de algo muy difícil; pero mi voluntad es inflexible. No creo que busque un imposible. Imposible, por ejemplo, es aprisionar un minuto del día e intercalarlo entre las sombras de la noche, o hallar un político con vergüenza, o un pie de hombre sin callos ni juanetes... Lo que más se aproxima al ideal que persigo es la vida. Siento, luego existo. He aquí una cosa que parece evidente y que, sin embargo, pudiera ser una ilusión.

... ..

En cierta ocasión, paseándose por el campo, al que amaba intensamente, le sorprendió la noche.

Contemplando el horizonte, mirando las florecillas, siguiendo el curso de los riachuelos, atravesando los bosquecillos, borracho de luz, de oxígeno, de aromas, de rumores dulces, habíase alejado demasiado de la ciudad.

Estaba cansado y se sentó en una piedra. Era una quieta y dulce noche de junio.

Todas las luminarias de lo alto brillaban intensamente.

Chirriaban los grillos.

Si no hubiera estado mojada la tierra, porque había llovido, Iluso hubiérase quedado a dormir allí.

A lo lejos divisó una lucecilla, y levantándose, se dirigió hacia ella.

Después de media hora de marcha a campo traviesa, llegó a una casita de peones camineros.

Y curioso, se aproximó cautelosamente a la ventana de donde procedía la luz que le había servido de guía.

Vió una cocina alumbrada por la llama de gruesos tarugos que ardían en el lar.

Sentados al amor de la fogata había un hombre y una mujer.

Ella tenía entre los brazos a un bebé de apenas dos meses, que manoteaba esbozando una sonrisa con su desdentada boca. El hombre y la mujer miraban al pequeñuelo como embelesados, sonriendo con expresión de inenarrable dicha, y haciendo gestos para incitarlo a la risa... Después, mirándose con expresión de plácida ventura, inclinaron las cabezas por sobre el cuerpecillo del angelito, y

unieron sus labios en largo y apretujado beso.

Iluso sonrió.

—¡El hogar honrado!—balbuceó, inundado de felicidad—¡He aquí la Verdad!... ¡Yo no era loco, puesto que encuentro al fin lo que buscaba!

Con movimiento rápido sacó del bolsillo interior de la americana un cuaderno y un lápiz. Y a la temblorosa luz que desde el interior le llegaba, trazó varios rasgos sobre una hoja de papel que arrancó de la libreta.

—¡Bendita mil veces la hora en que me sorprendió la noche en despoblado!—musitó, mientras dibujaba—¡Bendita sea la luz que me guió hasta aquí! ¡Benditos seáis vosotros, los corazones honrados y sencillos unidos por la santidad del verdadero amor; los mansos que, lejos de lo podrido, entonáis la melancólica canción de los sanos ideales; los olvidados que bordáis con hilos de luminosos madrigales la Verdad que todos tachaban de quimera, inventada por mi fantasía!

De pronto, Iluso oyó golpear la puerta de la casa, puerta que estaba en la pared fronteriza a la de su observatorio.

Vió al hombre levantarse despavorido, correr hacia la ventana, y saltar al campo desapareciendo entre las sombras de la noche.

La mujer abrió la puerta y, sonriendo al recién llegado, que era un pobre peón caminero, pasóle un brazo alrededor del cuello y le besó en la boca.

Iluso se separó unos pasos de la casa. Estrujó el papel. Lo arrojó al suelo. Y apoyándose en un árbol, escupió a la tierra, y se quedó mirando con expresión de idiota al estrelado cielo.

¡Abajo las armas!

Pacífico era un alma de Dios, y, a la par, uno de tantos filósofos de tres al chavo.

Estaba lleno hasta el gañote de idealismos de algodón y humo. Era socialista, masón, anarquista y naturista... En resolución: su cerebro estaba preñado de chucherías.

El mito de la paz perpetua, era el que con más fuerza tenía atornillado en el corazón... Sabíase a Kant de memoria y, aferrándose al más fútil de los pretextos, convencido de que

era un apóstol que luchaba por la felicidad de sus semejantes, peroraba en la taberna y en el taller, en la calle y en el patio de su casa, diciendo cosas que creía hermosísimas y que, en realidad, no eran más que una colección de vaciedades y lugares comunes.

—¡Cuando pienso que aun hay guerras — decía —, siento vergüenza de ser hombre!

Y se miraba las uñas tristemente, pensando que las tenía muy sucias y que debía limpiárselas.

O bien se tiraba del bigote brutalmente.

Divagando sobre la barbarie de las luchas entre las naciones, exaltábase, e incluso, a veces, dejaba correr por sus mejillas una lágrima.

—Antes me cortaría las manos — gritaba — que empuñar un arma contra un semejante... Las únicas armas que debían fabricarse en el mundo son las navajas de afeitar... ¡Y aun a éstas, yo les quitaría el filo!

Pues bien: este ser amantequillado y soñador, tenía un flaco.

Pacífico se despepitonaba por llevar constantemente botas de charol sin una mácula.

Todos tenemos en este mundo alguna chifladura. Un amigo nuestro, por ejemplo, cifraba su orgullo en llevar de plata los botones de la pretina.

—Un hombre mal calzado — decía Pacífico —, es un paraguas sin tela.

Cierta tarde, marchaba nuestro apóstol por las Ramblas, reventando de felicidad y orgullo. Acababa de estrenar unas botas de charol, unas hermosísimas botas relucientes y de extrafina punta.

Pisaba con cuidado y se contoneaba.

De pronto, un hombre alto y gordo tropezó con él y, fatalmente, le pisó en el pie derecho.

Fué un pisotón de camello.

Pacífico se miró el pie maltratado, viendo con inenarrable dolor que la hermosísima bota había sufrido grave desperfecto. -

Sintió una ira feroz, una rabia volcánica y, dejándose llevar de ella, no pudo contener el insulto que le subió hasta los labios.

—¡Animal! — gritó.

—¡Hombre!... ¡El animal lo será usted! — respondió el ofendido.

Siguieron varios términos gordos; siguió

Pacífico exaltándose, hasta que, por fin, propinó al hombre voluminoso una puñada en pleno estómago.

El público logró separar a los dos luchadores.

Pacífico tenía un ojo enlutado y varios arañazos en el rostro.

—¿Es posible que tú — le apostrofó un amigo que había presenciado la escena — el paladín de la mansedumbre, el cantor del amor universal y de la paz, el enamorado de todas las doctrinas del perdón, te lías a vulgarísimas trompadas con un semejante?...

Pacífico miró a su interlocutor, sorprendido y sin saber qué responder a la inesperada amonestación.

Pero pronto reaccionó.

—¡No tiene que ver una cosa con otra! — gritó —. Nunca hay motivo que disculpe la barbarie de la guerra... ¡Por que, querido mío, las naciones no llevan botas de charol!

El castigo

Ya habían los divinos clarines cantado la sublime llamada de la resurrección en todos los mundos del Universo.

Y las almas de todos ellos, cabalgando en rosadas nubes, con júbilo inenarrable, con enloquecedor éxtasis, habían llegado al reino de la inmaterialidad visible, de las sombras luminosas, del silencio sonoro y de las dimensiones sin medida... Al reino de la diafanidad

S I N E S I O D A R N E L L

sin mácula, de la luz virginal, de las armonías embriagadoras.

Sólo para la Tierra no había sonado la hora final, porque sobre ella reinaba aún, y cada siglo más intensamente, la barbarie, la injusticia y el vicio, pese al terrible diluvio, y al sacrificio del buen Cristo.

—Quizá — pensó Dios, contemplando al hombre — hice mal en formar su cuerpo de un puñado de barro... ¿Qué se puede esperar, en efecto, de un corazón hecho de tierra?

Y, misericordioso, infinitamente bueno, en lugar de aniquilar de una vez a la maldita raza que osaba pisotear todos sus mandamientos, envió a la Tierra a Justus.

—¡Desciende! — le ordenó —. Recorre las ciudades, las aldeas y los campos... Haz llegar hasta el más apartado rincón donde more el hombre, las verdades que compendian el secreto de la suprema verdad, fundamento de la suprema dicha.

E iluminado por la llama de la divina sabiduría, como antes lo había sido Cristo, Justus descendió, y comenzó a derramar sobre los

D E N T E L L A D A S

humanos las máximas que, por la maravillosa escalinata de la virtud, conducen al cielo.

Dice:

“Arrojad el vil dinero a las cloacas, porque él es el padre de todas las calamidades que os abruman.”

Sin cesar recomiendo:

“Amaos los unos a los otros, porque sólo en el amor hallaréis fin a vuestras tribulaciones y dolores.”

Y con acento de emocionante persuasión, asegura:

“Todos los hombres sois hermanos.”

Los hombres reían y apostrofaban al profeta. Oíanse, entre las carcajadas, los insultos y las burlas:

—Sólo el odio existe entre los hombres!

—¡Los humanos somos unas hienas!

—¡El dinero es la única verdad!

Y todos los desdichados, todos los miserables, los cautivos, los explotados, los prostituidos, los hambrientos, los ofendidos y los atropellados; todos los azotados por la injusticia, todos los que lloran, los que sufren, los que

ansían morir, casi la humanidad entera, empezó a reír estrepitosamente.

Aquella carcajada era un huracán que recorría la Tierra de polo a polo.

La humanidad reía frenéticamente y sin sosiego... Los hombres y las mujeres... Los viejos y los jóvenes... ¡Hasta los niños de pecho esbozaban una sonrisa irónica!

Espantados por aquel ruido de vendaval, huían las bestias... Los pájaros, como enloquecidos, en enormes bandadas, buscaban refugio en las tierras inhabitadas, donde el ruido no era tan espantoso.

Justus, atenazado por un dolor inmenso, levantó los ojos al cielo.

—A ti, al menos, Jesucristo, te tomaron en serio — murmuró.

Y dos ardientes lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Pero, repentinamente, su mansedumbre se convirtió en cólera.

Levantando el puño crispado hacia los hombres, lanzó sobre ellos la más terrible de las maldiciones.

—¡Haced, Dios mío, que muera la Espe-

ranza! — gritó — ¡Suprimid esa divina quimera que mandásteis a la Tierra después de precipitar sobre ella toda la horda de las calamidades!

Apenas se extinguió la última palabra del anatema de Justus, cesó aquella retumbante carcajada que convulsionaba al mundo.

Los hombres sintieron en su espíritu el frío de la muerte.

Se extinguieron todas las lámparas de la ilusión que ardían en los corazones.

Perdida la esperanza, todos los seres humanos sintieron el horror de las calamidades irremediabiles.

El porvenir no tenía resplandores.

Un desconsuelo infinito azotó a las almas.

El llanto acudió a todos los ojos.

Las lágrimas empaparon la Tierra, y mil millones de voces se elevaron al cielo pidiendo perdón.

—¡Quitadnos la luz! — sollozaban — ¡Quitadnos la palabra y la risa!... ¡Quitadnos la vista y el amor!... ¡¡Pero, dejadnos la esperanza!!

El duelo

Cornocupia, el buenazo de Cornocupia, tuvo la desgracia de sorprender a su tierna esposa en flagrante delito de adulterio.

Ante la realidad de tamaña desventura, quedóse como petrificado.

Sólo acertó a murmurar una especie de maldición: ¡CUERNO! Esta fué la única frase de desesperación que pronunció, al tiempo que se pasaba la mano por la frente.

No hay dolores más intensos que los ane-

jos al derrumbamiento de una ilusión largamente sostenida.

Anonadado, mordido en las entrañas y en el corazón por aquel salivazo que le hería con saña, Cornocupia ni tan siquiera tuvo ánimo para sacar el revólver y disparar, aunque hubiera sido al aire.

Horrorizados, los adúlteros saltaron del lecho.

El se había abrochado urgentemente el botón superior de los calzoncillos, unos calzoncillos tobilleros, antiestéticos, de cuyas bocas irrumpían los pies llenos de juanetes.

Al ver la ridícula figura de su rival, Cornocupia se hubiera reído. ¡Pero tenía ganas de llorar!

El desventurado creía a su mujer una delicada flor y le resultaba una pella; creía poseer un hermoso jarrón de porcelana de Sevres y se encontraba con que era un bacín de la más ordinaria mayólica.

* * *

Cuando sus numerosos amigos se enteraron de lo ocurrido, le recriminaron su cobardía.

—Debiste matar a tu mujer y a su amante —fué la opinión general.

Cornocupia se disculpaba:

—He castigado a mi mujer separándome de ella y devolviéndosela bonitamente a sus papás.

—Pero su amante es el ladrón de tu honra —le decían.

—Hay opiniones... Considero injusto y estúpido hacer depender mi honor del grado erótico de la que era mi mujer. Si el lugar donde la sociedad coloca el honor del hombre casado tuviese llave, yo no lo hubiera perdido.

Tales razonamientos no lograron convencer a sus amigos. Y empujado por lo que éstos llamaban conveniencias sociales, el buen Cornocupia se vió obligado a desafiar a Sánchez, el amante de su ruborosa esposa.

A la tercera palmada dispararon los dos rivales.

La bala de Cornocupia se perdió en un bosque próximo, hiriendo a un pino que no tenía

arte ni parte en el asunto que se estaba ventilando.

La de Sánchez dió en el blanco y Cornocupia se desplomó moribundo.

—¿He matado a Sánchez?—preguntó, ansiosamente.

—Sánchez está ileso —le dijo uno de los testigos—, pero muere tranquilo. ¡Tu honor está a salvo porque te has portado como un hombre!

Cornocupia sonrió con ironía.

Morir a manos del ofensor no le parecía muy equitativo.

—¿Tú crees que me he portado como un hombre porque me mata el que me arrebató ese honor por el que me empujasteis al duelo?... ¡Pues yo opino que me he portado como un imbécil!

Y murió mordiéndose una de las guías del bigote.

El cínico y el pundonoroso

Pocalacha era el príncipe del cinismo.

Un pancista, un desaprensivo, un ser eminentemente práctico, que tomaba la vida a pitorreo y marchaba hacia el fin propuesto de antemano sin reparar en los medios, sonriendo irónico, y escupiendo por un colmillo.

El estudio detenido de la idiosincrasia y trayectoria histórica del pueblo español le había conducido a la siguiente conclusión: "Sólo se puede triunfar siendo cepillalevitas, ma-

carrón, prestamista, o político, es decir, tomando como pedestal al necio, a la mujer, al desdichado, o a la Patria".

Y aferrado a este razonamiento, hijo del alto concepto que tenía de sus compatriotas, sacudió con el dedo meñique la ceniza de un caliqueño que estaba chupeteando.

Decidido a triunfar, con dos pesetas en el bolsillo, cuatro tercias de chulapería, tres kilos de desfachatez, una arroba de desvergüenza, y diversas frases altisonantes, lanzóse a la conquista de España.

* * *

Timorato era la antítesis de Pocalacha.

Un espíritu pundonoroso, justo, probo, y soñador.

Romántico y patriota, derrochaba los años y la fortuna en aras de sus convicciones, pretendiendo encaminar a sus compatriotas por el camino del resurgimiento.

La raza aun tiene arrestos—pensaba—. El material es óptimo... Sólo falta el artífice que sepa trabajarlo... ¡Yo lo seré!

* * *

Han pasado diez años.

Cierta tarde del mes de octubre, Timorato subía por el Paseo de Gracia, dando la mano a su hijo.

El buen hombre tenía los ojos pitarrosos, la nariz enrojecida por el frío, la mirada de cordero, y el andar de ayunante.

Llevaba puesto un trajecillo de verano, torcidos los tacones de las botas, el sombrero con bastante mugre, los bajos de los pantalones con vergonzosas hilachas.

Por el centro del paseo iba Pocalacha, arrellanado en un automóvil y acompañado de su secretario particular.

Fumaba un hermoso veguero, sonreía beatífico, y con la mano derecha se propinaba suaves golpecitos sobre la barriga.

Pocalacha vió a Timorato, y éste divisó a aquél.

Se saludaron.

—¿A quién saludas?—preguntó a Timorato, el niño.

—¡A un sirvengüenza!—respondió.

—¿A quién ha saludado usted?—interrogó el secretario particular de Pocalacha.

—¡A un imbécil!—respondió éste, repantiándose en el asiento.

Navidad

Año tras año entonan los niños cristianos cánticos de salutación a Jesús.

Y es indudable que esta alma sin tacha, cúmulo de amores, exquisito poeta, bondad suprema, y honra de la humanidad, aceptará gozosa el inocente homenaje, paliativo al dolor que deberá sentir al ver que sus predicaciones y su sacrificio en la Tierra fueron estériles.

Vosotros, los sabios y los ateos, los que no

admitís la afirmación sin la prueba, rechazad los postulados de la religión; pero ¡no arrebatéis a la infancia el delicado aroma de la fe!... ¡Dejad a los corazones tiernos que gorgojeen entonando coplas al niño Dios!... Tened en cuenta, que no sólo es un crimen el matar un semejante, sino que también lo es el arrebatarle una creencia o una ilusión.

Yo, que vacilo en todo, porque todo es capaz de ser fantasía forjada por el yo, que también puede ser una ilusión, cada año construyo un nacimiento y, junto a mi hija, canto los villancicos.

Y entre copla y copla, intercalo consejos.

—Ese niño era Dios... Se hizo hombre para enseñar a la humanidad el camino de la perfección... Desgraciadamente, los hombres se equivocaron, y perdiéronse en un laberinto del que no saldrán jamás.

*Esta noche es noche buena
Y no es noche de dormir.*

—El nos dijo mil veces que todos somos hermanos... ¡Y lo somos! Pero tú, vida mía,

S I N E S I O D A R N E L L

no olvides que Cain mató a Abel, y que todos tus semejantes descienden de aquel fatricida.

*Madre en la fuente hay un niño
Más hermoso que un sol bello*

—Predicó la caridad. La más bella de las virtudes... Tienes obligación, bien mío, de dar de comer al que desfallece de hambre, agua al sediento, y vestido al desnudo... Por lo que respecta al agua, concédela sin tasa. Cuando no tengas gallinas, no tires las migajas de pan duro y dáselas al necesitado que te las pida. Obsequia al desarrapado con la ropa que no puedas usar, vender, ni empeñar.

*La Virgen lava pañales
Y los tiende en el romero*

—Abominó del robo... No quites nada a tu prójimo, mi dulce nena. Vende ganando el mil por cincuenta; presta al ciento por uno; explota la buena fe de los crédulos. Esto es lícito. ¡Pero no robes!

Y así, con dulzura, sin convertir repentina-

D E N T E L L A D A S

mente en abrojos los ensueños de su corazón virginal, voy encaminando el espíritu de mi hija hacia el camino de los triunfadores, hacia los campos donde se lucha por la vida sin más fe que la fe en el Dios oro, Dios que no predica verdades encantadoras, pero que todo lo puede.

¿Quién lo mató?

Llegó cierto día en que las inexorables leyes de la Naturaleza, indiferente a las tribulaciones humanas, hicieron impotentes los esfuerzos que realizaba la desdichada hembra para ocultar su delito.

Ni las purgas, ni los sinapismos, ni los baños de pies, ni mil atrocidades a que, horrorizada, había acudido, impidieron la marcha fatal de la gestación.

El vientre tenía ya proporciones tan ame-

nazadoras, que derrotaban a la brutal presión del corsé.

Entonces fué cuando la infeliz mujer sintió caer a plomo sobre su corazón el desolador y apabullante peso de su falta.

Porque, lo que mediando la bendición de un hombre hubiera sido para ella motivo de orgullo, ahora lo era de oprobio, desesperación, y vergüenza.

Dios ha dicho: “Creced y multiplicaros”.

Pero los hombres, modificando la plana al SUMO HACEDOR, han añadido: “Es deshonesto y pecado mortal el multiplicarse sin que el cura dé su beneplácito”.

Y han hecho delictivo seguir los preceptos de Dios, el cual nunca habló de la necesidad de que hubiese clérigos.

Julia tenía diez y ocho años. Era casi una niña. Todavía jugueteaban en su cabecita y en su pecho las ilusiones.

—La vida es la luz, los aromas, las flores, la música, el azul del cielo y el amor—se decía—. ¡Da horror pensar que más allá esté la muerte, siendo tan hermoso vivir!

Cantaba, reía, y batiendo las alas, gorjean-

do, conducida por el amor, el más infame enemigo de la mujer, entregó su cuerpo al hombre que le mentía ardiente idolatría y le mostraba la vida como una deliciosa alborada en que todo ríe y retoza, trina y canta.

Y este amante, que se mostraba, falaz, consumiéndose en la llama inextinguible del amor, cuando supo el fruto de la realización de aquello que sólo fué deseo de la carne, orgulloso de su hazaña dijo: "Ahí queda eso".

ESO, era su hijo.

¡Cuán picarones somos los hombres!... Con cuanta gracia aprisionamos el infantil corazón de una niña, lo acariciamos con madrigales, lo conducimos a todos los desfallecimientos amorosos, rasgamos todos los velos de su inocencia y, haciéndola madre, la abandonamos.

Julia quedó soltera y preñada. ¿Hay, señores, mayor crimen?

Al aperebirse del vergonzoso estado en que se encontraba Julia, su madre y su hermano la golpearon brutalmente.

Advertiremos que la madre tenía un que-

rido, y que el hermano explotaba el amor de una prostituta. Pero, eran muy honrados.

—¡Cochina!... ¡Cochina!...—gritaba la madre, gimoteando.

El hermano se mesaba el pelo.

—¡Nos has deshonrado, mala pécora!—brotaba—. ¡Eres una puerca!

Después, le preguntaron insistentemente, zarandeándola, quien era el responsable de aquello.

Pero Julia callaba.

No hacía más que ocultar la cara entre las manos y llorar con desconsuelo.

Porque, he aquí su mayor desventura: el hombre que la había conducido a tan duro trance, era casado. Ella no lo supo hasta pocos días después de dejar de verlo. Y sólo entonces sintió la infinita amargura de perder el último resplandor de la esperanza.

Encerrada en su habitación, en una habitación triste y diminuta, la pobre niña sollozaba y se golpeaba el vientre con furia, sintiendo un odio feroz hacia lo que llevaba dentro de él.

Su madre y su hermano sólo hablaban con ella para insultarla.

Las amigas, cuando la encontraban, mirábanla con desprecio y se sonreían irónicamente.

En su casa, y fuera de ella, sentíase envuelta por un ambiente cargado de hostilidad. Parecíale que se hallaba suspendida en el vacío, o que había muerto y renacido entre personas iguales a las que conocía, pero que no eran las mismas.

Sentía en el alma un desaliento infinito, una melancolía aplanante.

Densa niebla había cubierto repentinamente el horizonte de su existencia. Boira húmeda y tétrica, tras la que desaparecieron todas las flores y todos los colores de los ensueños juveniles.

Y lloraba largamente.

Lloraba a veces con frenesí y con desesperación. Otras, dejaba correr las lágrimas dulcemente, sintiendo deseos de morir con mansedumbre, como se desvanece el crepúsculo.

Hasta que una noche, llena de terror, experimentó los síntomas del parto.

Mordiendo las almohadas, ahogando los gritos de dolor, fué madre.

Y cediendo al odio, odio que había acumulado en su corazón las humillaciones, los desprecios, los insultos y los golpes, crispó una mano sobre el cuello del recién nacido.

* * *

Cuando el juez leyó la sentencia que la condenaba a diez años de presidio, Julia levantó el puño amenazando a los jueces y al público.

—¡Yo no maté a mi hijo!—gritó—. ¡Lo mató el infame que me robó la honra!... ¡El que me mentía amores!... ¡Lo mató mi madre, mi hermano, mis amigas, y todos los que me escupían por haber amado!... ¡Lo matasteis vosotros, que no tenéis leyes que amparen a las desventuradas mujeres, juguetes de vuestras infames pasiones!

Y gimió desolada.

Se le oyó murmurar quedamente:

—¡Cuán cobardes son los hombres, Dios mío!

Gratitud

Alejo llevaba muy cerca de tres semanas gravemente enfermo.

Era un pobre labrador, cuya fortuna consistía en un pedazo de tierra que tenía en la falda del monte Abaurri, bastante lejos del pueblo donde habitaba.

Pasaba los días amodorrado por la fiebre. En los ratos de lucidez acongojábese.

Pensaba:

—El trigo ya estará demandando ser aba-

tido por la hoz... Mañana, hoy quizá, estarán las espigas tan tostadas por el sol, que los granos caerán a tierra apenas sople un leve viento... Mi mujer no puede separarse de mí, ni abandonar a los pequeñuelos... ¿Qué será de nosotros, Dios mío, si se pierde lo que es nuestro pan de todo un año?

Y suspiraba hondamente.

Pero Pedro, el buen Pedro, que sentía la amistad hasta las entrañas, vigilaba el campo de su amigo, y cuando juzgó hora de hacerlo, sin decirle nada, lanzóse al trabajo de recogerlo y de trillararlo.

Guardó la cosecha en su casa, gozándose de antemano en la sorpresa de Alejo cuando sanase.

Por si estaba apurado le interrogó así:

—Tú sabes que tengo guardados unos duros. ¿Te hacen falta?

—Aun no—respondió el enfermo—. Todavía tenemos ahorros para resistir bastantes días.

* * *

Salió Alejo de la gravedad en qué se hallaba.

Durante la convalecencia, antes de que su buen amigo le confesase su bella acción, almas caritativas le dijeron lo ocurrido, insinuando malvadas sospechas:

—Era la tuya una cosecha espléndida... Y Pedro la tiene en su casa... ¡Dios me libre de pensar mal; pero lo natural era haberla traído aquí!

O bien, más claramente:

—Si lo hubieses dicho, aquí tendrías ahora paja y grano sin faltarte ni uno, mientras que ahora... ¡Vete a saber!

Un día, observó Pedro que Alejo lo recibía friamente.

—¿Qué te pasa? — inquirió—. Diríase que tienes algo contra mí.

—Cierto —replicó Alejo—. Me apena decírtelo, pero creo que abusastes de la amistad permitiéndote segar mi campo y llevar la cosecha a tu casa.

Empozoñado por las sospechas, interrogó con ira:

—¿Quién me garantiza ahora que lo que me des es todo lo mío?

Al oír esto, el buen Pedro, sintió dolor infinito.

Dijo, tristemente:

—Dios sembró la caridad en el llano y la gratitud en la montaña... ¡Por eso jamás se encuentran sobre la Tierra!

Mediocre, el Desdichado

I

Ella llamábase Resignada.

El, Mediocre.

Resignada era alta, maciza, amplia, blanca y rubia.

Mediocre enjuto y feo, ojeroso y amarillento.

Podía comparárseles con la rosa y el cardo.

Estaban unidos por tan firme apasionamiento, que ante el se estrellaron los sinsabo-

res de la denodada lucha por la vida y las inevitables prosas de la intimidad conyugal.

Diez años de encadenamiento no habían sido capaces de apagar en sus corazones las lámparas de la ilusión y del deseo... Y he aquí que conservaban puerilidades de novios: se obsequiaban con dulces epítetos, mirábanse tiernamente, enlazaban las manos y, con ardores de iniciación, juntaban los labios cien veces al día.

A veces el amor, esa tempestad de la carne y del espíritu, cuyo límite suele ser la posesión, tiene poder para hacerse invencible. Prostituido y degenerado por el modernismo, hay ocasiones en que, añorando los tiempos pasados, logra encadenar dos almas con lazos más fuertes que la vida, convirtiendo lo que suele ser pasajera indisposición en enfermedad crónica.

Amábanse vorazmente, con avasallador frenesí.

Buscando insaciables un más allá imposible al amor en que se consumían, cayeron en todas las perversiones carnales.

No obstante, pese al materialismo en que

se anegaban, estaban saturados de romanticismo. Es decir: no eran dos brutos a quienes sólo une el cielo.

Amaban el campo, les entristecía el crepúsculo, les emocionaba la música, ¡mirar la luna les daba nostalgias indefinibles!

—¡Bendita seas!—musitaba Mediocre, frecuentemente, cogiendo entre sus manos la adorada cabeza de Resignada—. ¡Bendita tú, hembra y esposa!... Eres el oasis de mis desventuras, miel que vence las amarguras de mi vida, fuente en que sacio los ardores del deseo, altar en que hallo la realidad de las quimeras que acarician el corazón de los soñadores... ¡Deja que te mire largamente!... Teniéndote ¿qué me falta? En el fondo de tus ojos hallo ensueños; en tus brazos todos los placeres; en tu risa la armonía; en tu aliento los más embriagadores aromas... Eres plácida como la aurora, pura como el capullo de la dalia, ardiente como la brasa, delineada como Venus. Eres el verso y la joya, la tentación y el mimo, una gota de rocío, la morfina que enloquece, una paloma que hacia el cielo sube... Yo soy la circunferencia, la vida

es el círculo, y tú el centro... ¡Deja que te mire hasta sentir desfallecimientos de felicidad!

Y Resignada respondía con igual apasionamiento:

—Para nuestra pasión no pasa el tiempo. La caravana del amor, compuesta de ilusiones, esperanzas y ensueños, se ha detenido ante nosotros acobardada... ¡Mírame así, mi nene!

¡Mi nene!, y era un espantajo.

¡Mi nene!

Y Resignada pronunciaba el mimoso apelativo, mirando apasionadamente a Mediocre, al pobre Mediocre, enjuto y amarillento, con los ojos pitarrosos, en calzoncillos, unos calzoncillos con dos botones de menos en la pretina, por la que se escapaba un pedazo del faldón de la camisa, y de cuyas bocas salían unas piernas sarmentosas, peludas, y terminadas en unos pies de engarabitados dedazos.

—¡Oh, dioses!... ¿Qué venda pone el amor ante los ojos de las mujeres?... ¿Qué aberración o qué locura las precipita ser volunta-

rias ciervas del hombre, ese animal tan antiestético?

* * *

Tenían una hijita de nueve años.

La parió Resiganada en cierto lobrego, mísero y maloliente piso interior de la calle Ferlandina, tumbada sobre un colchón extraplano de apelotonada borra, puesto sobre el suelo.

En aquella época, Mediocre estaba empleado en una librería, ganando treinta duros al mes. Con este sueldo irrisorio se comprenderá que a ningún hombre le está permitido darse el gustazo de que su mujer para a lo señora.

Cuando el matrimonio tuvo entre sus brazos al fruto de sus amorosos transportes, sintieron galopar por sus pechos a los blancos corceles del amor paternal, amor excelso que nace en las entrañas y aletea inmortal en la inmensidad.

¡Amor paternal!... ¿Locura o soplo divino? ¿Instinto o desequilibrio? Como fuere ¡bendita sea esa llamarada sublime, ese enajena-

miento que tiene la constancia del oleaje, el impetu del rayo, y la pureza de la Verdad!

Quizá mientras haya un hombre sobre la Tierra capaz de saludar con alborozo la llegada de los hijos, y una mujer que sepa y quiera ser madre, Dios no se hartará de sufrir los desatinos del género humano. De no admitirlo así, ¿cómo el cielo no aniquila a la sociedad que ya se ha comido hasta las raíces del árbol del bien y del mal?

—Habrá que comprarle una cunita — dijo de pronto, Resignada.

—¿Una cunita? —murmuró Mediocre, mirando a su mujer con expresión de dolor—. ¡Habrá que comprarle una cunita!... ¡Cierro!... ¿Qué menos puedo hacer?

Repentinamente, con temblor de lágrimas en el acento, balbuceó:

—¡No sé como no me odias!... ¡No sé como no me escupes!

La pobre mujer, al oírlo, sintió como si en su corazón cayesen copos de nieve.

—¿Por qué?—musitó, quejumbrosa—. ¿Por qué he de odiarte y escupirte?

—¿No lo merezco acaso? —respondió Me-

diocre—. ¿Quién, si no yo, es el culpable de esta miseria en que te debates? ¿Qué falta de pudor es la mía, consintiendo en verte, amándote tanto, careciendo de todo, incluso en este trance?... ¿Y soy yo, el que blasono de adorararte con fiereza? ¿Y es posible que no me desprecies?

Sonrió Resignada a través de las lágrimas que habían llegado a sus ojos, y atrayendo hacia sí la cabeza del amado, puso entre sus labios el más loco de los besos.

—¡Cállate!—rezó—. ¡Yo te amo por encima de todas las desdichas y de todas las privaciones!

Y amaron a su hija con ardor sin límite, haciéndola objeto de todos los arrullos, embelesándose con todas sus travesuras, defendiéndola de cuanto pudiera serle dañino.

Ella, la madre, se convirtió en voluntaria esclava, atenta a prodigar cuidados y caricias al ídolo.

El sufría una verdadera obsesión, un influjo hipnótico que le hacía pensar en su muñeca como en un ideal que se posee y teme perderse.

—El y tú, sois la vida—pensaba Resignada, besuqueando los labios de la pequeñuela—. Os amo con locura. El es el aire y tú la luz; él es mi alma y tú mi sangre. Si Dios tuviese la maldad de privarme de uno de vosotros, ¿cómo podría alentar?

—Ellas son mis únicos amores, el norte de mis ilusiones, la base de mis esperanzas—meditaba Mediocre, rememorándolas—. Sus miradas son la energía que me permite luchar con encono por la vida. Sin ellas, ¿habría en el mundo encanto capaz de mantenerme firme en esta contienda tras el pan donde el hombre va perdiendo a jirones la ilusión?

La mayor ventura de estos padres, quizá algo anticuados, era ver sonreír a su hija.

Realmente, la sonrisa del niño es la más delicada gala de la Naturaleza. Un niño que sonríe, con esa expresión angelical, que es patrimonio de la inocencia, es un manojo de capullos que repentinamente se abren, una aurora primaveral, en la que mil trinos bendicen la vida, un cielo diáfano tras el que se presiente a Dios.

En el fondo de los ojos de un niño que se

S I N E S I O D A R N E L L

sonríe, se leen todos los poemas; en sus labios entreabiertos, las realidades de los mitos que duermen en el alma; en sus manecitas que aletean, las verdades de las infinitas mentiras que encadenan al hombre.

—¡Ríe, amada mía!—suspiraba Mediocre—. En el calvario de la vida ya tendrás tiempo de agotar el manantial de tus lágrimas.

Y apenas veía que la pequeñuela esbozaba un pucherete, cubiertos sus ojitos por ese velo de tristeza que preludia el llanto, sentía en su corazón un dolor inenarrable que lo precipitaba a doblegarse a los caprichos de la pequeña tirana.

—No puedo ver la expresión de súplica que pone cuando se entristece—decía, el muy estúpido.

Y mirando amoroso a la pequeñuela, preguntábase: ¿Cómo habiendo hijos, hay malvados?

* * *

Tenían una guitarra.

Muchas noches, descolgaba Resignada el melancólico instrumento y, sentándose junto

D E N T E L L A D A S

a Mediocre, hacía suspirar a las cuerdas, mariposeando entre ellas con los dedos de su mano derecha, mientras con la izquierda jugueteaba entre los trastes.

Con rara maestría, como un hada del sonido, iba desgranando tiernas melodías, acariciadoras como una brisa, dulces como la esperanza, plañideras como el llanto de una madre.

Al embrujamiento de las románticas cantinelas, puestos los ojos en puntos imprecisos, sus espíritus retozaban emancipados de la carne y divagaban sus pensamientos, sin detenerse en idea concreta.

La música es falaz. Estáis debatiéndoos en el fango y se complace en haceros navegar entre las nubes, para después abrumaros con el salivazo de la realidad. Como la morfina y el opio, finge paraísos, miente rosas en los abrojos, luz en las tinieblas, divinas formas en la nada, axiomas en los errores.

Mediocre y Resignada eran tan ridículos que, casi siempre, terminaban el concierto mirándose como embelesados y suspirando melancólicamente.

* * *

Tenían un grillo.

Un simpático grillo, negro, cabezudo y reflexivo.

Encerrado en una diminuta jaula, el pobre solía rechinar durante largas horas, haciendo alarde de filigranas y de potencia sonora.

Mediocre lo cuidaba con cariño, poniendo a su alcance regalos de hojas verdes, mondaduras de patatas y pellizcos de tomate; golosinas que el animalito comía con cierta desgana cuando, cansado de meditar, en un rincón o en una de las paredes de su cárcel, sentía que el apetito era superior a su nostalgia. ¡Sí! ¡Su nostalgia! ¿Por qué no? ¿Puede el hombre negarlo? Aún ignora lo que es la electricidad, la fuerza magnética, la atracción molecular, y la vida. Balbucea y se hace la ilusión de que habla; está en el lodazal y se figura en la cúspide. Fundamenta las ciencias matemáticas en los postulados, que admite sin saber demostrar; las ciencias físicas en la observación y en la experimentación, es

decir, en lo que pudiera ser ilusionismo y caprichos del azar. Mide los astros e ignora lo que es el electrón, espíritu de la materia; construye máquinas para volar y no sabe fabricar un huevo; averigua lo que encierra la tierra en su centro e ignora en que punto del cuerpo humano reside el alma; domina a los elementos y es incapaz de dominar sus instintos.

El hombre no sabe responder a preguntas tan sencillas como estas: ¿De qué se alimenta la Lycosa durante los siete primeros meses de su vida? ¿Cómo saben de antemano los Eumenes y las Osmias el sexo del huevo que van a poner? ¿Por qué la langosta, decapitada, continúa viviendo durante quince días? ¿Reposa el murciélago, suspendido días enteros cabeza abajo?

Y este ser ¿tiene derecho a negar un alma al grillo?

Repetimos, que el animalito sentía nostalgia.

Hasta la prisión donde vegetaba cariacontecido, solían llegar auras campestres, vaos de tierra húmeda, rayos de sol. Y sentía un an-

sia infinita de libertad, un frenético deseo de chirriar bajo las hojas de una mata de tomillo próxima a la entrada de su escondrijo, oyendo el canto de las chicharras, el castaño del saltamonte que come, el zumbido del escarabajo enterrador, el acariciador murmullo de las hojas batidas por el bochornoso céfiro.

Mediocre y Resiganada gustaban, en las noches de estío, sentarse cerca del balcón abierto y oír al grillo su monótona cantinela, perdido el pensamiento entre los diamantes del espacio, aspirando con placer el aromoso ambiente de la noche, dando cierta realidad a imprecisos ensueños de campos abarrotados de flores, rincones sombríos de helechos y adelfas, almiares de dorada paja, plañideras coplas de pastores...

Eran, en verdad, unos mentecatos.

II

Mediocre quedóse cierto día sin empleo.

Había llevado su estupidez hasta el extremo de figurarse con derecho a sentir heridas

en su dignidad. ¡En su dignidad, y era un pobretón! ¿Puede imaginarse algo más risible?

El amo se permitió reprenderle, llegando en su amonestación casi al insulto, y el necio empleadillo, que debiera haber recibido las recriminaciones manso y compungido, tuvo la osadía de permitir al orgullo un movimiento de protesta, que se tradujo en réplica. Olvidó que cuando se es pobre, la manse dumbre debe llegar a la anulación del amor propio.

¡Imaginad un mísero con dignidad, en esta época, madre de todas las indignidades!

Al encontrarse en la calle, sintióse anonadado, abatido por una sensación de infinita soledad e insignificancia.

Jamás le habían parecido tan amplias las aceras, tan altos los edificios y tan mísera su persona.

Eran las once de la mañana, cuando, sin darse cuenta, se encontró en el Parque.

Sentóse en un banco y se abismó en sus reflexiones, ageno a que su actitud de ensimismamiento atraía la atención de la gente.

Era la una cuando se encaminó hacia su casa.

Resignada, al enterarse del desastre, apretó contra su pecho al compungido.

—No desmayes—murmuró, pugnando por aparecer tranquila—. Nuestro amor vencerá a todas las tropelias con que el Destino nos azote... ¡Lucharemos!... ¡Si es necesario, yo trabajaré! Iré a fregar pisos o a lavar ropa...

El se sacudió al oírla. Su movimiento fué como si hubiese recibido un latigazo, o le hubiesen escupido una injuria. Y besuqueando los rojos labios de la muy amada, protestó vehemente:

—¡Calla!... ¡No digas eso! Antes de llegar al trance de que fuese preciso verte descender a tal extremo, yo me desgarraré el pecho y venderé el corazón.

Pensar que ella pudiera verse obligada a ganar el pan, prestó a Mediocre rara energía. Hasta se permitió erguirse, recoger amorosamente con el brazo la cabeza de su compañera y, poniendo besos entre los rizos de su cabellera, bravuquear:

—¡No me amedrenta la lucha! No te apu-

res, porque soy más fuerte que la fatalidad.

Si en lugar de ir vestido con la antiestética indumentaria contemporánea, hubiese llevado puesto un traje de mosquetero, su apostura hubiera parecido gallarda y altanera.

No era la primera vez que adquiriría ante el infortunio posturas retadoras, dignas de mejor ambiente. Y es que bajo la exterior apariencia de ser manso, acobardado y vulgar, se ahogaba un espíritu propenso a todas las exaltaciones poéticas, con puntas y ribetes de quijotismo, algunas dosis de audacia, y no pocas de impulsos de aventurero.

Después de cambiar con Resignada caricias y tiernas frases, lanzóse en busca de un nuevo destino.

Fué mendigándolo de despacho en despacho y de tienda en tienda.

—Ya sé que para todos tiene oxígeno el aire y color el sol—venía a decir, con otras palabras—. Ya sé que para todos corren los ríos al mar, este se evapora formando las nubes, y estas riegan la tierra. No ignoro que el mundo, al girar, conduce de igual manera a los míseros que a los poderosos; que un cora-

zón late en cada pecho; que la muerte a nadie respeta; que Dios es uno sólo. Pero, pese a tales ventajas, mi mujer, yo y mi hija, tenemos la desventura de poseer un estómago cada uno, y para nada nos sirve el aire, el sol, la lluvia, el día, la noche, el corazón, la igualdad ante los hombres, ni Dios. El necesitar comer es una desgracia dolorísima y vergonzosa... Hagamos un pacto, caballero. Un pacto leónino, pero que me conducirá a la conquista del pan. Yo perderé la vida sentado ante un pupitre de su casa, beneficiándole merced a mis esfuerzos con una cantidad. Usted me dará una parte de ese beneficio y adquirirá, además, derecho a mi cariño, agradecimiento y respeto.

Pero, como son tantos los míseros que imploran lo mismo, Mediocre no halló puesto vacante que cupar.

III

Resignada y Mediocre, muchos días después, mirábanse atenazados por la desesperación.

El hambre, enemigo imperativo, había ido arrebatando rápidamente muebles y ropa del hogar, llenándolo al tiempo de melancolía y de sombras.

Aquella mañana ya no se habían desayunado.

Era un día de noviembre. Había llovido, y el cielo continuaba cubierto por plumizas nubes.

Las huellas de la denodada y esteril lucha aparecían en Mediocre con más firmeza que en Resignada. Tenía la mirada mortecina, las ojeras profundas, los pómulos salientes, los labios resquebrajados por la fiebre.

La pequeña Luz, insistió, llorosa:

—¡Tengo gana, mamá!... ¿Por qué no desayunamos?

Y los vencidos, sintiendo hasta la médula el desgarramiento de la interrogación, no osaban responder por miedo de gemir.

Mediocre ocultó la cabeza entre las manos.

—¿Por qué estás tan triste?—inquirió la niña—. Antes me cantabas canciones y me contabas cuentos. Ahora nunca lo haces... Además, todo lo vendemos. ¿Es qué somos muy pobres?... ¿Tendremos que pedir limosna y convertirnos en gitanos?

—No, hijita—murmuró, haciendo bravo esfuerzo para sonreír—. Las cosas que hemos vendido volveremos a comprarlas... No somos pobres ni seremos gitanos. Pronto podré trabajar y ganar mucho dinero...

—Y ¿cuándo me comprarás aquella muñeca que duerme?

—Muy pronto... Yo te compraré la muñeca más hermosa que haya en Barcelona... Una muñeca que sepa andar, hablar y dormir.

—Y que sepa llorar y reír.

—Sí, hijita ...Le pondremos un corazón y sabrá llorar.

—¿Y para reír?

—¿Para reír?... Yo le contaré cosas que pasan en el mundo, y reirá.

* * *

Mediocre pensaba en robar y en matar. Pero no sabía cómo.

Al mediodía lanzóse a la calle, dispuesto a todo, y recorrió Barcelona máquinalmente, sin saber hacer otra cosa que maldecir su tremendo infortunio.

Por fin, a las cinco de la tarde, regresó a su casa, y desfallecido, se arrojó sobre el colchón que había en el suelo, único resto salvado del empeño, porque era el de la pequeña Luz.

La niña gemía desde hacía horas, incansable, y repitiendo roncamente la pavorosa y desgarradora queja: ¡Tengo hambre!

Resignada, de pronto, salió de la habitación.

—Resignada... ¿Dónde vas? — inquirió Mediocre.

Se levantó extrañado, y recorrió la casa, viendo con sorpresa que su mujer había salido de ella.

Pensó:

—Quizá habrá ido a casa de alguna vecina a pedir pan para Luz... Porque una madre es capaz de todas las vergüenzas por sus hijos.

Y esperó...

Ya era de noche, y estaba lleno de mortal angustia e intranquilidad, cuando oyó que alguien abría la puerta.

Era Resignada.

Entraba lentamente, seguida de Luz, que devoraba un pedazo de pan con jamón.

La mujer dejó un voluminoso paquete de viandas en el suelo y, depositando sobre el colchón unas monedas, hipeó, diciendo al oído de Mediocre:

—Yo no podía consentir que nuestra hija muriese de hambre... ¡Ahora mátame, pero antes dame tu perdón!

El desdichado miró a su mujer con expresión de horror infinito... Después, cerró los ojos, y dejando caer la cabeza sobre el pecho murmuró llorando:

—¡Sí!... ¡Perdonémonos, y después muramos de ira y de dolor!

Ilustir, el Triunfador

Ilustir sentía a la sangre moza correr por sus venas con la furia de una galerna, y salió de su pueblo natal, calificando de exiguo el horizonte para la pujanza de su corazón, y de blando el suelo para la firmeza de sus pisadas.

Dios hábale hecho el don de la fortaleza, la salud, la inteligencia, el valor... Pero él había contrarrestado neciamente estas inapreciables mercedes haciéndose esclavo volun-

tario de esas pústulas que se llaman nobleza, desinterés y bondad.

Cuando regresó de su correría por el mundo, que había durado cerca de seis años, traía el corazón convertido en una piltrafa.

Fué la de su retorno una tarde gris y ceñuda del melancólico mes de noviembre, ese mes que es un perpetuo crepúsculo.

No había manchas en el cielo, pero el sol brillaba como si estuviese envuelto en una mortaja de encajes.

Los árboles estaban ya desnudos, y el viento jugueteaba con las amarillentas hojas.

Y el perverso frío metíase hasta los huesos.

Llamó a la puerta de su hogar tenuemente, invadido de emoción y de desmayo agobiador.

Momentos después, sentado a los pies de su madre, que no se abitaba de apretar al amado hijo contra su corazón, gimió:

“Deja que repose mi cabeza en tu regazo, excelsa almohada que me presta aliento para no morir.

”Vencido llego a ti, y al fin comprendo que sólo tú eres verdad sobre la maldita tierra.

”Bésame, que bien lo merezco, porque he sufrido todas las amarguras, todas las desesperaciones, todas las agonías espirituales.

”Se han clavado en mi pecho las saetas de los más brutales desengaños; se han pisoteado y escupido mis ideales; ¡y he visto en el pecho de los hombres las víboras de la bajeza, de la hipocresía, del egoísmo, y de todas las miserias morales!...

”En mi congoja he maldecido mil veces a la humanidad, ¡sin pensar que de ella formabas parte tú!

”¡Perdóname!

”En desagravio, yo arrebataré al palio de los cielos sus más brillantes luminarias para adornar tu cabellera; me haré dueño de la estrofa que cantan la mansa ola, el tenue céfiro, y las melenas del sauce, para decirla junto a tu oído; apresaré el blanco rayo de luna, la luz rosada de la aurora, el destello del diamante, para prenderlos sobre tu pecho...

Pero la madre respondióle:

—¡Prefiero a todo eso, uno de tus besos!

* * *

Llegó la noche.

Agalar, madre de Ilustir, acodada sobre el alféizar de un amplio ventanal, y contemplando el próximo mar donde la luna mentía pinceladas de brillante plata, meditaba.

Y al considerar el infortunio del amado Ilustir, la congoja hizo llegar a sus ojos el tesoro de una lágrima, la más valiosa ofrenda que el alma humana, herida por el dolor, hace a los cielos.

Llegan al buen Dios las plegarias, las ofrendas, los sacrificios de quienes hasta El levantan los ojos en sus tribulaciones. Y para todos tiene acogida bondadosa. Pero cuando la lágrima de una madre llega al cielo, amoroso la recoge con sus divinas manos, la coloca en el pináculo de la inmensidad, bendice la preciosa ofrenda, y con infinito amor sonríe...

De pronto, al poner Agalar las manos en-

lazadas con intención de orar, se estremeció.

Al ver la sortija que llevaba en el índice de la mano derecha, había recordado las frases que Saluto, su esposo, le dijo momentos antes de morir:

“El záfiro de esta joya contiene dos gotas de un maravilloso elixir. Si nuestro hijo, algún día, es vencido en la lucha por la vida, házselas beber. Una de estas gotas...

La pobre madre sonrió gozosa, y bendijo a los dioses que habían iluminado su pensamiento.

Ya casi amanecía cuando se levantó de la butaca en que pasó la noche reflexionando, y llegando a la alcoba de su hijo, derramó entre sus labios las dos gotas del maravilloso elixir.

* * *

Al siguiente día hallábase Ilustir en el pequeño huerto de su casa, sentado tristemente bajo un frondoso limonero, cuando llegó a él Agalar.

Acariciando la negra y rizada cabellera de su amado hijo, le dijo, sonriendo:

—Yo quiero para ti todas las venturas y todos los triunfos... Tu ausencia es para mí duelo y quebranto, pero ¡parte de nuevo a luchar, pues sé fijamente que vencerás!

Resistió Ilustir, porque hallábase acobardado, pero ante las súplicas de la dama, cedió al fin.

Alejóse de nuevo hacia las grandes ciudades.

Luchó...

Y al poco tiempo regresó colmado de dignidades y de riquezas.

Compró un palacio, caballos, esclavos, mujeres, y fué feliz.

Cierto día, paseando con su madre por el espléndido jardín del palacio, recordó aquél en que por segunda vez había partido.

E inquirió:

—Decidme, madre mía... ¿Por qué me asegurasteis el triunfo con tanta fe?

La dama, que estaba radiante de felicidad al contemplar la de su hijo, sonrió.

Fué su respuesta delicada evasiva, pero

Ilustir insistió con tal firmeza, que al fin declaró la verdad.

—Porque te di a beber un elixir milagroso—dijo.

—Si—continuó—. Te hice beber, mientras dormías, dos gotas que te dieron aquello de que carecías: el impudor y la audacia.

—¿Con qué objeto?—interrogó Ilustir, extrañado profundamente.

—¡Porque esas son las armas de los triunfadores, hijo mío!

E Ilustir, rememorando el pasado, vió que, en efecto, no era otro el pedestal sobre el que apoyaba su triunfo.

SEGUNDA PARTE

Dependientes de comercio

Hay muchos hombres gordos, colorados y peludos, que diríase están destinados por la Naturaleza para ejercer el oficio de mozos de cuerda.

Pero, se pasan la vida tras un mostrador, vendiendo cintitas y paños higiénicos.

Sí. Más de doscientos mil zánganos bigotudos y con brazos muy aptos para labrar la tierra, ocupan en España destinos que de derecho pertenecen a la mujer.

Es delicioso ver a uno cualquiera de estos mastodontes, sonriendo graciosamente, con una sonrisa que arruga su enorme y enrojecida nariz, decir a una parroquiana:

—Este color glauco con motas de lila le sentará a usted admirablemente... Con unas aplicaciones de terciopelo será un vestido precioso.

O bien, después de sonarse con ruido de trombón:

—El paño higiénico de hilo es el más cómodo y sano. Hoy lo usan todas las señoras de epidermis delicada, pues evita las escoriaciones.

Y al ir a buscar algún artículo que le pide la parroquiana, da un saltito muy mono, o con la mano izquierda se hecha hacia atrás un bucle que se le ha caído sobre la frente, mientras dice con voz meliflua:

—Sí, señora... ¡Enseguida se lo enseñaré!

El camino de la felicidad

El mono fué un estúpido al degenerar en hombre.

¡Ser libre y convertirse en esclavo!... ¡Gozar de las ventajas del instinto y adquirir los inconvenientes de la inteligencia!... ¡Poseer las dulzuras de la ignorancia y cambiarlas por el amargor del saber!... ¿No es esto francamente imbécil?

Puesto a evolucionar, debiera haberse convertido en cosa, lo cual hubiera equivalido a

perfeccionarse. Porque la perfección está en razón directa con la felicidad, y recíprocamente. No cabe duda, que el buey es más feliz que el hombre, y el adoquín infinitamente más que el buey. Por lo tanto: ser piedra o corcho es la suprema dicha.

La raza humana, que es la más inhumana de las razas, aun no ha comprendido que jamás alcanzará la dicha que persigue mientras no logre convertirse en irracional o en tarugo. En otros términos; aun no ha comprendido que la inteligencia es el peor de sus enemigos.

El que piensa sufre, y el que sufre es un desdichado. O un imbécil.

La civilización, esa complicación de la vida que hemos titulado así, tiende de continuo a completar la cadena de desventuras que nos aprisiona. Cada conquista que el hombre realiza lleva como inevitable y fatal consecuencia un nuevo inconveniente que nos aleja más de la felicidad. El calzado, por ejemplo, ha originado los callos. El uso del sombrero, las calvas. Y nadie nos negará que los inconvenientes de los callos y de las calvas pesan mu-

cho más que las ventajas que reporta el uso del sombrero y del calzado.

Consecuencias de la civilización son las corbatas y los coleccionistas de sellos: dos cosas absolutamente inútiles. Consecuencias de la civilización, son los políticos y los separatistas: dos calamidades nacionales.

El mono, nuestro inteligente antepasado, comprendiendo por fin la estupidez que comecía convirtiéndose en hombre, ya no evolucionaba. Ciertamente que el tipo intermedio aún existe confundido entre la multitud; pero el primitivo continúa en los bosques sin pretender degenerar.

Ya que, convertidos en humanos, no podemos abstraernos por completo al empuje total del progreso, evitemos sabiamente el adquirir cultura. Por ser ya irremediable, aceptamos el uso del calzoncillo y del pañuelo; pero, por lo menos, procuremos convertir nuestra inteligencia en instinto...

¡Tenemos frente a nosotros el camino de la felicidad!... ¿Por qué no nos lanzamos decididamente por él?... ¿Ceguera o locura?... Empecemos por algo... Por ejemplo: huyamos

S I N E S I O D A R N E L L

de la medicina, causa de todas las enfermedades, y de la ciencia, madre de todos los errores... El loro y la cacatúa, mientras no lo hagamos así, nos miran y se sonríen sarcásticamente. Lo cual debe herir nuestra dignidad.

D E N T E L L A D A S

Recuerdo inoportuno

Cuando veo a un marido que acompaña por la calle a su mujer, y ésta lleva la cara pintarrajeada, los brazos al aire, el escote casi hasta el ombligo, y las gordas pantorrillas sin cubrir por la falda, sin poderlo remediar me acuerdo de las boquillas de asta de ciervo.

La mona vestida de seda

No hay castas.

Los domingos, es imposible distinguir a primera vista la diferencia entre el barrendero de la esquina y el duque de X.

Hemos dicho a primera vista, porque aún hay algo que permite decir quién es el duque y quién el barrendero.

Este detalle es, que pese al sombrero, pese a las botas de charol, al pañuelito de seda saliendo del bolsillo superior de la americana, y pese al puro, los que se disfrazan de señores siempre se olvidan de limpiarse las uñas.

Protejamos a los animales

Un niño de ocho años, cierto anochecer de invierno estaba en la calle de Cortes vendiendo periódicos.

Estaba lloviendo y el pobre niño no llevaba paraguas. Iba desarrapado, descalzo, y tiritaba de frío.

Un perro pasó por su lado y le olió las pantorrillas.

Y el pequeñuelo, asustado, le dió un puntapié.

El señor Bartolo, indignado, se dirigió al muchacho y le propinó un fuerte tirón de orejas.

—¡So golfo!—le dijo—. ¿No sabes que es una prueba de malos sentimientos maltratar a los perros?

El señor Bartolo era miembro de la sociedad protectora de animales.

Embutido en su gabán y resguardándose de la lluvia con el paraguas, dirigió una mirada amenazadora al pequeñuelo que, empapado, daba diente con diente. Después miró con ternera al can, que levantando la pata se estaba orinando en un farol.

Aclaración

Cuando Jesucristo dijo: ¡Perdonadlos, Padre mío, porque no saben lo que se hacen!, se refería a los médicos.

¿Qué puede esperarse?

Dos viejecillos estaban cierto domingo saturándose de sol en un banco del Paseo de Gracia.

Era la hora en que hace como que pasea la gente *chic*, la gente *bien*, la gente *crem*.

—¡Quién tuviera veinte años! — suspiró uno de ellos.

—¡No, querido!—respondió el otro—. Estoy muy satisfecho de pertenecer a nuestra generación... Ahora, el porvenir se presenta

maloliente... Porque, ¿qué se puede esperar de una juventud que usa pantalones a lo charlot y baila imitando el paso del camello, del oso, y del canguro?

Charleston

Yo he visto bailar el *Charleston*, esa danza exótica y chimpancesca, cúmulo de retorcimientos y temblores que el Yankee ha lanzado a Europa como una prueba más de sus alardes excéntricos.

Yo he visto, ¡oh, cielos!, bailar el *Charleston* a una pareja de pollos pera de Barcelona. El era flaco y barbilampiño, amarillento y enclenque. Era un hombrecito con una nariz monumental y unos pies de elefante. Llevaba los

pantalones de chimenea, y la americana de “apio” ceñidita a las caderas.

Ella... ¿Ella?... Resistese la pluma a llamar mujer a un ser tan estrafalario, huérfano de toda feminidad. Con la falda hasta la rodilla, sin formas, y pelada a lo municipal, daba tanta sensación de mujer como el tío que tocaba el violón.

Ambos, al compás de la música destemplada y antipática, retorcian las piernas en forma de sacacorchos, y jadeando, temblequeteando, ridículos hasta el infinito, inmorales, corrían el salón cual una pareja de pingüinos atacados de epilepsia.

—Si esos son semejantes nuestros, reniego de ser humano — me dijo el amigo que me acompañaba.

—No, querido. El es una parodia de hombre, y ella de mujer, porque “hombre” quiere decir virilidad, honor, fuerza y dignidad; porque “mujer” quiere decir aroma, cadencia, armonía, línea y, sobre todo, rubor! ¡Y ahí, amigo mío, no hay nada de eso!

—La medicina es la que ha ganado con este baile—insistió mi amigo.

—¿La medicina?

—Sí... Es de éxito seguro en las personas que padecen de estreñimiento. Aquel a quien el ver bailar el *charleston* no hace el mismo beneficio que dos onzas de aceite de ricino, es un enfermo incurable... Por cierto que... ¡espérame, porque me ha hecho efecto!

La hipocresía

La mejor arma que podemos dar a nuestros hijos para que se defiendan de sus semejantes en la feroz lucha por la vida, es la hipocresía.

¡Seamos hipócritas!

Serlo, equivale, desde luego, a ser adulator, falso y embustero. Pero la adulación, el disimulo y la mentira abren todas las puertas y facilitan el arribo a los más altos puestos sociales, que es lo que se quería demostrar.

Un perfecto hipócrita vale más que veinte sabios, porque una palabra de adulación dicha a tiempo, una rastrera prueba de admiración prodigada oportunamente a quien en realidad consideramos como un completo imbécil, puede más que todas las ciencias.

No nos detengamos a considerar que el hipócrita, por el mero hecho de serlo, es alevoso, cobarde, falso, desagradecido y traidor. Fijarse en tales pequeñeces es indigno de los que hemos nacido en el siglo veinte.

No seamos niños.

Preciso es reconocer que la hipocresía no es un arte que de buenas a primeras pueda practicarse. Es difícil; pero la voluntad es capaz de lograr todo cuanto se propone. Hay muchos hombres que llenos de mortal angustia, saben sonreír. Para lograr esto hay que vencer muchas más dificultades que para ser hipócrita.

Seguid mis consejos, amable docena de desocupados que tenéis la humorada de leerme.

Luchad, luchad con tesón con el objeto de

conseguir la palanca formidable de la hipocresía y os juro que seréis invencibles.

Hay que amoldarse a la época o ser víctima de ella. Me parece, pues, que la elección no es dudosa.

Si, por desgracia, queda en vuestro corazón algún ideal sano; si aún no murieron en él todas las ilusiones; si encontráis goces en el hogar; si creéis en el amor, en la caridad, en los hijos, en la justicia, y en otras insulceses, no podréis ser hipócritas. Estaréis perdidos. La sociedad os tildará de necios. Mereceréis su desprecio y, lo que es mil veces peor: su compasión. Una compasión irónica, despectiva e insultante.

... ..

Hay que colocarse en el terreno de las realidades.

¿Cuál es la finalidad de la vida? Adquirir los medios de pasarla lo mejor posible.

Pues bien: para lograrlo todo es lícito siempre que se guarden las formas. Hay que ser hipócritas sin parecerlo. Lo contrario es ser un hipócrita de tres al cuarto, y para esto es preferible ser noble y bueno.

El charlatanismo

Entiéndese por "charlatanismo" la ciencia de hilvanar un torrente de palabras para mostrar como axiomático lo que es falso. Es la mentira oculta delicadamente entre los oropeles de hermosas frases.

Hasta hace algunos años fué exclusivo patrimonio de los juglares, bufones, vendedores ambulantes de panaceas, y profetas. Lo admiraban los necios y lo despreciaban los hombres cultos.

Actualmente se ha aristocratizado, y el si-

glo XX, apoderándose de él, lo convierte en ciencia y aplica a discreción para ocultar el desmoronamiento del edificio social.

Del charlatanismo nació la política contemporánea, entendiéndose por tal ese conjunto de luchas sordas, miserables intrigas, brutales injusticias, calamidades y errores, llevados a cabo por determinados individuos seleccionados entre los seres más desaprensivos de cada nación.

El perfecto charlatán debe ser francamente cínico, egoísta y mal patriota. Tales cualidades, sabiamente encubiertas por apariencias de altos ideales y espirituales entusiasmos, son poderoso imán que atrae las masas, las deslumbra, y convierte en esclavas. Ser un miserable y aparecer ante la sociedad como compendio de virtudes; ser un ignorante y demostrar sabiduría. He aquí el secreto.

El charlatán, el perfecto charlatán, logra siempre sin grandes esfuerzos encumbrarse, enriquecerse con prodigiosa rapidez, y muchos de ellos forman parte del grupo de árbitros de la nación, mejor dicho, de los infames explotadores de la Patria.

¡Animo, pues, jóvenes imberbes!

No exageramos ni un ápice.

Los hechos prueban nuestra aseveración.

Repasando la actuación de los políticos españoles desde el año 1800 al 1922 encontraremos más de un noventa y nueve por ciento que subieron al gobierno por la escalera del charlatanismo.

E incluso hay quien subió estas escaleras a la pata coja, perdonando la manera de señalar.

Cuando veáis una desventurada nación que gasta sus millones esterilmente, que tiene perdida la fe en su valer, que desconfía de su ejército y, mirando con pavor el porvenir, se desprecia a sí misma, sintiéndose sin arrestos para retroceder, estad plenamente convencidos de que es una víctima del charlatanismo.

¡Dios quiera que los hombres de buena voluntad que hoy conducen a nuestra querida España por el camino del resurgimiento, logren que jamás vuelvan a mangonear los impúdicos charlatanes!

La difamación

No mates a tu enemigo.

¡Difámalo!

Cuando sientas rebosar tu corazón de ese bestial sentimiento que se llama odio; cuando llegues al momento psicológico en que darías con placer un miembro de tu cuerpo con tal de que tu enemigo perdiese otro, emplea como única arma el monstruoso ¡DICEN!

¡DICEN!

¡Airete formidable! ¡Arrollador alud!

¡Palabra pavorosa! ¡Silabas asesinas!

¡Aborto de la difamación, concebido en el muladar de la envidia, de la cópula entre un corazón podrido y una lengua de víbora!

¡Cinco letras que, al unirse, se convierten en ola capaz de derrumbar todas las fortalezas espirituales!

¡Arma vil y terrible de los envidiosos y de los malvados, a quienes dedicamos estos sanos y desinteresados consejos!

Uniendo los sollozos que ha hecho brotar del alma humana, formárase un huracán cuyo rugido llegaría al cielo... Y reuniendo las lágrimas que han sido derramadas por su culpa, se anegaría la Tierra.

Empleada oportunamente, es capaz, por sí sola, de aniquilar el porvenir e incluso el pasado de un hombre.

Eres humano, seguramente hipócrita y cobarde, y, por lo tanto, debes ser inteligente en tus venganzas, placer incomparable en que se evapora el odio.

Evita el derramamiento de sangre, que puede conducirte al patíbulo. ¡No uses más arma que la difamación!... De esa manera al-

canzarás la dicha de vengarte cruelmente y el crimen que cometes quedará impune... Matar a traición y vengarse empleando la calumnia, son las refinadas costumbres del siglo.

El honor de la mujer decente, la gloria del sabio, el crédito del comerciante, el prestigio de un jefe, la tranquilidad de un hogar... ¡Todo lo derrumba en un sólo instante el poderoso "DICEN"!

Pero esta palabra debe ser empleada astutamente.

No creas que basta lanzarla en cualquier lugar y momento para que produzca el efecto apetecido.

El perfecto difamador conduce la conversación en forma que suena el nombre de su enemigo como por casualidad... Después lo alaba, lo compadece, y, confidencialmente, lanza con voz queda el venenoso vocablo.

Una vez logrado su perverso objeto, para acreditarse de espíritu bondadoso, termina de hablar así:

—Esto es lo que se dice... Lo que pregonan las malas lenguas... ¡Pero yo no puedo creerlo!

Semejanzas

En el alma humana existe una fuerza que nos empuja hacia la animalidad.

Rogamos a nuestros lectores, si es que tenemos alguno, que no se molesten por esta afirmación. Vamos a demostrar que no hemos dicho ninguna tontería. Además, estamos en el derecho de tener opinión propia, con, de, en, por, sin sobre nuestros semejantes, así como la tenemos sobre los demás seres que parpadean.

Evidentemente, todo hombre ha hecho el oso alguna vez en su vida.

Nadie tratará de rebatirnos, tampoco, que innumerables individuos hacen el burro a todas horas.

Los que gastan el dinero en los "cabarets", arrullados por las promesas de ardiente amor balbuceadas por una artista del molinete, hacen el mirlo.

Los pollos que usan botines, hacen el colibrí.

El cobarde es indiscutiblemente un gallina; un ostra el que está eternamente melancólico; un cerdo el que es sucio por afición.

No hablaremos del cabrito, de la zorra, ni de la marica.

El que mantiene a la suegra hace el camello; el que busca broncas a todo bicho viviente, el gallito; y quien cree en el amor de las mujeres o en la amistad de los hombres, el pingüino.

La mujer de vida airada es una pájara, y un canario el que nace en Canarias.

Los que van en bicicleta echando el bofe y

S I N E S I O D A R N E L L

creyéndose la admiración de la gente, hacen el avestruz.

Muchas mujeres tienen la lengua de víbora, el llanto del cocodrilo y el sueño del lirón.

El marido complaciente es un buey.

Esperamos que los ejemplos que anteceden dejarán al lector convencido de la afirmación que sentamos al principio de este conato de artículo.

D E N T E L L A D A S

Definición

Una jovencita pidió a su padre que le explicase lo que quería decir "niña bien".

El buen señor le respondió:

—Una niña bien, hija mía, es una cosa que a primera vista parece una mujer.

El tauróforo

Decía un tauróforo:

—Las corridas de toros son un espectáculo feroz y nauseabundo... ¡El pobre toro indefenso!... ¡Los pobres caballos!... etc.

Y este buen hombre, ponía en su casa papeles donde se pegaban las pobres moscas, muriendo en un suplicio espantoso a centenares. Además, cuando se cogía una pulga, la

chafaba entre las uñas de los dedos pulgares.

Nosotros que amamos las corridas de toros, decimos: Cazar las moscas y matar las pulgas es una ferocidad... ¡Tan indefensas!... ¡Tan chiquitinas!

Léxico amoroso

Año 1900

El.—¡Rica!

Ella.—¡Vida!

Año 1927:

El.—¡Burrísima!

Ella.—¡Bestialísimo!

Año 1930:

El.—¡Cacatúa!

Ella.—¡Mastodonte!

Pensamientos macarrónicos

Hay hombres que tienen la cara de brutos.
Y nunca debe olvidarse que la cara es el
espejo del alma.

* * *

Ciertos médicos debían llevar, como los
postes de alta tensión eléctrica, un aviso que
dijese: ¡No tocar! ¡Peligro de muerte!

S I N E S I O D A R N E L L

No hay que confundir la gimnasia con la magnesia, ni el gracioso con el grasoso.

Hay quien en el cine confunde a su novia con un piano.

D E N T E L L A D A S

¡Viva el bollo!

Cierto día interrogué a mi amigo Riu sobre aquella costumbre que tenía de asistir a todas las manifestaciones públicas, y me respondió así:

“Mi pesimismo raya muchas veces en misantropía. Tanto es así, que dudando de todo ya no creo ni en mí mismo. Afortunadamente, no soy un misántropo llorón, pues interiormente me río sin descanso. Reír es la ven-

ganza de los que saben la asqueante farsa de la vida.

Esta misantropía, parecerá a muchos, como a ti te sucede, un verdadero camelo, puesto que un misántropo debe sentir indiferencia por todo, y a mí me ven acudir a todas las manifestaciones. Y como tengo interés en que se crea en la firmeza de mis convicciones, voy a explicar lo que parece una anomalía.

Yo acudo a las manifestaciones populares persiguiendo un fin puramente científico.

Confundido entre las masas, marchó cuando marchan, me detengo cuando se detienen, y me retiro cuando se disgregan. Lo que no hago nunca es gritar.

Tampoco respondo a los que me preguntan, cuando ya están roncos a fuerza de alaridos: ¿De qué se trata?... Rara es la vez que algún manifestante no me hace esta pregunta.

Me dejaré de rodeos e iré al grano.

Si asisto a las manifestaciones es porque trato de averiguar de donde procede el "eco de marras".

¿Quién o qué es el "eco de marras"? La

existencia del mismo he sido el primero en observarla; la causa dejó que otro la descubra. Me basta con que se me reconozca como el primer observador del hecho.

Cuando una multitud enardecida por el entusiasmo, vocifera lanzando vivas con frenesí, cuyo límite es la ronquera, siempre, inevitablemente, percibo un eco lejano que responde: ¡Viva el bollo!

Este grito me hiere.

Tiene un acento de brutal ironía, de apabullante cinismo.

Hace muchos años que lo persigo, lo estudio y lo analizo.

¿Quién es el que contempla el bollo tras la manifestación? ¿Quién así se burla de la masa crédula y siempre pronta a engordar el caldo ajeno?

Los hombres de ciencia tienen la palabra".

La fe

¡Allí, en el límite de la inmensidad, existe indudablemente Dios!

No es cierto que morir sea caer en la terrible nada.

No es cierto que un ser que muere es humo que se desvanece en el éter.

No es cierto que el pensamiento, el yo, sea una llama que se extingue con la vida.

No obstante, hay hombres que afirman:
¡NO HAY DIOS NI MAS ALLA!

Aunque esa afirmación fuese una fatal y enloquecedora verdad, sería necesario ocultarla a los humanos, porque probarla equivaldría a abrumarlos con el más terrorífico de los dolores... La Fe, o por lo menos la duda, es un palacio espiritual que no debe jamás derrumbarse.

Si un malvado gritase un día: ¡NO HAY DIOS NI UN MAS ALLA!, y probase evidentemente su afirmación, una locura furiosa, o una tristeza inenarrable asolaría la Tierra. Ante tan espantosa negación, ante ese derrumbamiento de todas las esperanzas, ante esa pavorosa noche, ante esa caída en el abismo sin fondo, morirían todos los ideales, todos los entusiasmos, todos los ensueños, todo lo que sostiene al hombre y lo conduce sin desesperación hasta la tumba.

Un egoísmo infernal llenaría los corazones, un pavor desgarrador mordería los pechos, una melancolía acongojante rasgaría las entrañas.

La horda humana, temblorosa y a la par desesperada, se entregaría frenética a todos los extravíos, gemiría el mundo con sollozos

rugientes, buscando algo a que aferrarse para detener la marcha del indomable tiempo, e impotente, buscaría paliativos a su dolor en el llanto, en el vicio y en el crimen.

¡No, no!... Dejad los filósofos que el rebaño humano haga el camino de la abrumadora vida soñando con un premio a su mansedumbre. Dejad que las tinieblas de la muerte se iluminen con el resplandor de la Fe... Dejad que la madre que pierda un hijo, cuando lo lllore atenazada por la angustia, piense mirando el azul de la nada: ¡Espérame, vida mía!... ¡Mi muerte nos unirá!

Desorientación

Una vez, don Juan vió caída sobre la acera de una calle una cerilla que, naturalmente, no se molestó en recoger.

Estando en las afueras de la ciudad, fué a encender un cigarrillo y se halló sin fósforos.

Desesperóse porque era un fumador empedernido, y recordando la cerilla que había visto, se recriminó así:

—No recoger una cosa aunque su valor sea insignificante jamás debe hacerlo un hombre

ordenado y económico... Rotchild, dicen que empezó su fortuna por haber recogido del suelo un alfiler... Esto me servirá de lección.

Otro día, vió don Juan un botón caído en el arroyo.

Recordando lo ocurrido con la cerilla, se agachó para recogerlo, y escurrióse el reloj de oro del bolsillo del chaleco, con tan mala fortuna, que dió contra una piedra, abollándose y rompiéndose el cristal.

Don Juan lanzó un juramento de rabia, y se sentó en un banco para hechar a cara o cruz lo que debía hacer en lo sucesivo.

INDICE

	<u>Pág.</u>
Dos palabras a modo de preámbulo	5
PRIMERA PARTE	
El crimen de Gazuza	15
¡No matarás!.	33
Desgarradores de inocencias	38
El paraíso perdido	49
La primera herida	53
Probo no sabía vivir	61
Los últimos románticos	69
El inocente café cantante.	74
El crimen de Cáрабо	80
La muerte del doctor	83
¡Emborrachémonos!	88
En busca de la Verdad	95
¡Abajo las armas!	101
El castigo	105
El duelo	110
El cínico y el pundonoroso	114
Navidad	118
¿Quién lo mató?	122

	Pág.
Gratitud	128
Mediocre, el Dedichado	132
Ilustir, el Triunfador	153

SEGUNDA PARTE

Dependientes de comercio	163
El camino de la felicidad	165
Recuerdo inoportuno	169
La mona vestida de seda	170
Protejamos a los animales	171
Aclaración.	173
¿Qué puede esperarse?	174
Charlestón.	176
La hipocresía	179
El charlatanismo	182
La difamación	185
Semejanzas	188
Definición	191
El tauróforo	192
Léxico amoroso	194
Pensamientos macarrónicos	195
¡Viva el bollo!	197
La fe.	200
Desorientación	203